La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 2 DE MAYO DE 1892 — NÚM. 540

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores LA ÚLTIMA SONRISA, bellísima novela original de D. Luis Mariano de Larra con primorosas ilustraciones de D. Alfredo Perea

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros favorecedores, que estando ya muy adelantada la impresión del tomo II de la obra NERON, original de D. Emilio Castelar, pensamos poderlo repartir á continuación de la ULTIMA SONRISA y en la semana que le corresponda, según el plan de esta Biblioteca

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El Oriente. – Asia y Africa. – Cuestiones africanas recientes. – El viejo Egipto y su nuevo soldán. – Investidura del virreinato de éste por la Sublime Puerta. – Cesión de la península del Sinaí á Egipto por Turquía. – Descripción de tal península. – Su influencia en el mundo. – La montaña y el desierto. – El desierto y los israelitas. – Los israelitas y Moisés. – Consideraciones históricas sobre lo pasado. – Consideraciones políticas sobre lo presente. – Conclusión.

I

Las cuestiones más conspicuas hoy son las cuestiones relativas al Oriente, muy maltrecho por las múltiples maniobras europeas. Nos envanecemos de nuestra civilización, y en realidad no hay sino dos continentes cultos en el planeta, Europa y América. En los otros dos, en el Africa y en el Asia, únicamente quedan, ó imperios impotentes é imbéciles de puro viejos, ó tribus primitivas y salvajes, aún pegadas al seno de la Naturaleza. Por su inferioridad piden todas estas regiones tutela; y para la imposición de tal tutela indispensable, los Estados europeos, no solamente tienen que apremiarse y dispendiar mucho dinero, tienen que dividirse, unas veces al cebo y otras veces al reparto de los más ó menos fantaseados lucros. Asia se alza todavía sobre cierta relativa estabilidad; pero el estado interior de Africa parece tan movible como las arenas que cubren á guisa de sudario sus desiertos, y tan obscuro como los lagos llenos de misterios y como las selvas impenetrables y sin día. Los ricos heredamientos de aquellos lusitanos, verdaderos y antiguos exploradores del suelo negro; las regencias de Argel y Túnez, puestas por la conquista y por la diplomacia bajo el yugo de los

BELLAS ARTES



CACHARRERO ÁRABE, copia del cuadro de D. Antonio Fabrés

Reproducción de una fotografía grabada por Sadurní

franceses; la doble tutela, por turcos y britanos extendida en la prestigiosa desembocadura del Nilo, cada día más fecunda y más codiciada por todas las gentes; los propósitos de un reino colonial en los reyes belgas; la existencia de territorios españoles, no solamente al fresco y deleitoso Norte como Ceuta, bajo el Ecuador como Fernando Póo y Annobón; esos nuevos dominios de Alemania en la región austral y esos viajes científicos de Stanley y Emín, trocados en grandes competencias entre naciones é imperios; la inmensa dominación británica extendiéndose desde aquel antiguo Cabo de los Tormentos descubierto en los días mismos de las grandes invenciones americanas, del siglo XV hasta la hierática región de los Faraones; el antiguo litigio entre Dahomey circuído por sus legiones antropófagas y la República francesa, empeñada en competir con Inglaterra sobre el continente negro, muy disputado por las competencias europeas; el señoreo de Massouah, territorio casi abisinio, por los italianos; el feudo levantado á los conjuros de un peregrino de la ciencia en la Nubia y puesto casi á merced y arbitrio de los soldanes egipcios hace poco destronados por los mahedíes que improvisan y abortan aquellos caldeados arenales; tantas y tan múltiples incidencias, en que la historia del género humano se renueva, dicen bien claramente como el Africa se aparece aún cual sus esfinges, con los pies enredados en las raíces de los organismos interiores y entalladas en su frente las líneas de los jeroglíficos antiguos.

II

No hay país alguno en esas misteriosas y hieráticas regiones parecido, por el interés que despierta y por la importancia que goza en sí mismo, al viejo Egipto. Por estas razones, añadidas á su intrínseca importancia geográfica, no lo hay tan deseado por los pueblos verdaderamente mercantiles. Así los emperadores de Asiria como los Estados de Grecia y Roma no se creyeron dueños de sí mismos hasta que dominaron las orillas del río hierático y recibieron las inspiraciones irradiadas por los astros de aquel cielo y las ideas contenidas en los misterios de aquellos jeroglíficos. Ni Grecia en su expansión pudo dejar de poner allí sus custodios, los Ptolomeos, ni Roma los delegados de sus primeros Césares. El día que Cleopatra se suicidó por no ir con cadenas de oro atada en el carro de su vencedor Augusto, aquel día cedió á Europa y á los europeos Asia una supremacía que aún hoy perdura. El virrey, protegido unas veces por Francia y otras veces por Inglaterra, indica en esta minoridad perpetua el estado inferior de las tribus orientales y semíticas respecto de los Estados y gobiernos europeos. Así el firmán de la Sublime Puerta, decreto puramente nominal, expedido por un sultán honorario y sancionado por los ingleses, gente muy experta, que se ríe de fórmulas asiáticas con tal que le dejen provechos seguros y ciertos; ese firmán demuestra cómo se ha quebrantado el poder de Turquía en todas las regiones orientales. El gran señor le manda el cetro al viso-rey; pero tal cetro no puede llegar á las manos del investido sin los pases y las sanciones del Imperio inglés. ¿Dónde se daría un ejemplo más instructivo de la servidumbre forzosa en que yacen las tribus egipcias y el mismo sultán de Constantinopla? Para mayor ignominia le pusieron *Inri*, ó sea, para mayor ignominia, como en el firmán hubiese ciertas indecisiones, como se reservase respecto de la colonia eritrea italiana nunca reconocida por Constantinopla y se permitiese algunas alteraciones respecto de la península del Sinaí, los ingleses han tenido al investidor de la dignidad soldanesca en ardientes brasas y al gran señor de Turquía en verdadero entredicho y al soldán privado de su honorario poder y de su aparatosa fantástica investidura oficial, hasta que todos han pasado por cuanto ellos creyeran encaminado al fin y logro de definitivo imperio sobre aquella considerable porción del antiguo califato turco, tan maltrecho ya, que acaba de caer en una disolución definitiva é irremediable.

III

¡La península del Sinaí! ¡Cuántos y cuán religiosos recuerdos! A la ribera oriental del Mediterráneo; bañada por la especie de lago conocido con el nombre de Mar Rojo; árida y pedregosa y seca, pareciéndose á huesos del globo sin carne de tierra vegetal y sin sangre de agua fecundadora, con dos golfos, á Levante uno, y otro á Poniente, no cayó so los conquistadores tantas veces como Siria y Palestina por su propia irremediable pobreza. Diríase, al ver cualquiera de sus montañas, y especialmente aquel alto Sinaí, tan adorado en la historia de los cultos religiosos, que no son tales terrenos de piedra, sino de viejos metales. Alguna que otra humilde acacia y algún que otro enano palmeral y alguna que otra zarza no sirven á cubrir la desnudez del desolado terreno. Y sin embargo, bajo los esplendores de aquel cielo, siempre azul; entre los éteres que atraviesan un aire, diáfano siempre; sobre la metálica reverberación de piedras, donde los rayos del ardentísimo sol rebotan ¡ah! las moles de greda veteada por listas de pórfido y granito; con sus feldespatos semejantes á corales rosáceos, con sus cuarzos que brillan como estriados diamantes, con sus micas del negror de los azabaches toman todos los aspectos de unas diademas formadas por monturas de rica y multicolor pedrería, despidiendo chispas semejantes á innumerables aerolitos bañados en todos los matices del iris. Los eruditos no concuerdan acerca del punto concreto donde recibió las tablas de las leyes divinas Moisés, ni aun acerca de cuál montaña entre todas las del estrecho territorio merece la denominación de Sinaí. Pero, sea cualquiera, todos aquellos montes merecen la veneración por igual que les consagra el humano linaje. ¡Oh! Ellos han ejercido sobre las almas religiosas poderoso influjo. En sus cavernas se han refugiado los penitentes y solitarios. Sobre sus pedruscos han ofrecido los santones semitas, así los recentales mejores de su ganado, como las espigas más gordas de sus haces, en culto al Eterno. Los ojos de Moisés y los ojos de Mahoma se han fijado en aquellas pirámides, que, levantadas desde una tierra uniforme á un cielo monótono, representaban la unidad misteriosa de Dios. Así los reveladores hebreos, los profetas semitas, los solitarios y penitentes cristianos, los gnósticos egipcios y sirios han comido la hierba desmedrada de sus junturas y bebido en el hueco de las manos el parco manantial de sus fuentes para contemplar en perpetua contemplación aquellas moles por cuyas estrías baja un torrente de ideas divinas y sube un vapor de humanas oraciones.

VI

Como quiera que las montañas muy atractivas se alzan sobre aquellos arenales del desierto, á manera que las islas se alzan sobre las aguas del mar, en la montaña encontraba Moisés vasta soledad para sus meditaciones, como en las meditaciones ardiente y luminosa inspiración para su obra. Este gran político, fundador de una democracia y de una república, entre tantos imperios como abrumaban con su peso el Asia y el Africa sólo admitía, según sus grandes sentimientos de igualdad, una excepción, la de sus personales comunicaciones con el Eterno allá en la cumbre de las montañas, tenidas por aquellos pueblos como escalas para subir á lo infinito, como columnas para sostener el cielo, como santuarios para departir con Dios. Así Moisés no dejaba que ni el mismo Aarón, su hermano y su pontífice, ascendiese con él á las alturas del monte y con él hablase á Dios. Así, en la hora de ascender para tomar, ya las tablas de la ley mosaica, ya el Decálogo donde se hallaban los preceptos morales y religiosos, Moisés designaba un límite al paso del pueblo y no le permitía subir allende lo designado, que separaba, digámoslo así, las regiones reales y naturales donde vivía su gente de aquellas otras altísimas y sobrenaturales donde vivía su idea. En el Horeb vió Moisés arder sin consumirse la zarza milagrosa que renovaba la idea del Dios único, alcanzada por la religiosidad suma de Abraham y obscurecida por el terrible cautiverio de Egipto; en el Sinaí, más tarde, cuando ya el éxodo se había verificado y el cantar de triunfo dicho por María en coro con todas las mujeres de Israel había por los espacios inmensos repercutido, Moisés ascendió á las cumbres, y entre los estremecimientos del terremoto, los estampidos del trueno, los centelleos del relámpago, las chispas del rayo, promulgó la religión monoteísta y uniforme, tan de suyo concordante con las desolaciones del desierto y con las ideas del semita. Sí, uno de los días mayores de la historia resultará siempre aquel creador divino, en cuyas horas el alma humana concibió, entre deliquios y éxtasis, por intuiciones milagrosas, á los sacudimientos del suelo que parecía estremecerse por recibir tal depósito y á las tempestades del empíreo que parecía descargarse como de un peso, por confiarlo á la tierra, el principio sublime de un Dios espiritual, eterno, próvido, principio generador de la libertad humana é indispensable á su íntimo peculiar desarrollo. Por eso, tanto como la montaña donde se alzara el Partenón, tanto como la montaña donde surgiera el tribunado, tanto como la montaña del Calvario, donde se inmolara por nosotros el Redentor, brilla esta montaña del Sinaí, fluyendo las dos ideas capitales de la historia universal, sí, la idea de la libertad y la idea de Dios. Ese ha sido el gran ministerio de Moisés en la tierra: fundar el gobierno directo de Dios, por medio de una legislación fija y de una república democrática, sobre la libertad del hombre, tal como podía concebirse y aplicarse allá entre gentes tan primitivas, en Estado tan joven y en siglos tan distantes. El dios espíritu y la libertad humana: he ahí los dos polos entre los cuales deberá girar la civilización universal. Toda grande obra social tropieza, no solamente con las dificultades que sus enemigos le oponen sino con aquellas, mayores aún, que le oponen los mismos á quienes favorece y sirve. Para su comercio con el pueblo y para sus coloquios con el cielo, necesitaba mucho Moisés aislarse allá en la cumbre de las montañas, pues tras esos grandes retiros y apartamientos y soledades continuas, descendía como si el soplo de Dios le hubiese oreado la faz y encendídole una especie de llama divina en la frente. Una vez decidió pasarse cuarenta días con cuarenta noches en aquellas altas cumbres, donde su espíritu erigía con facilidad un templo ideal á Dios, recibiendo de Dios, en cambio, aquellas secretas é íntimas confianzas reservadas á un tan superior espíritu como el suyo, siempre sublimado hacia lo ideal y en relación estrecha siempre con lo infinito. Larga en verdad tal ausencia, pues poco apto el pueblo para dirigirse á sí mismo, había menester de su guía, único entre todos capaz de columbrar los horizontes donde se guarda lo futuro. Y aun teniendo á su caudillo, muchas veces desmayaba y decaía en términos de rodar á los abismos de la reacción idolátrica y volver de nuevo á las supersticiones egipcias. Como quiera que hubiese pasado muchas hambres, dolídose de abrasadora sed, puesto mil veces enfrente la propia miseria de los días aquellos con la grande abundancia de los días pasados, al cerrarse todas las cicatrices por medio de un olvido eficaz, Israel soñaba con Egipto y hasta muchas veces anteponía los Faraones á sus profetas. La tierra de Gessén brillaba con todos sus encantos á los ojos de aquel pueblo desagradecido que iba sobreponiendo á los intereses y á los elementos intelectuales el bienestar material. Así recordaba los estanques poblados de peces y aves acuáticas; los prados en que las vacas se anegaban dentro del heno como ebrias por la exhalación de sus aromas; los áureos montones de trigo elevados sobre las eras al cielo; aquellas embarcaciones que traían en sus vientres á las vecinas costas copia de varios productos; aquellos sicomoros gigantescos donde quizá las aves del diluvio se posaran después de haber visto el iris; aquellas palmas resonantes que al beso de las brisas cantaban y producían sobre un suelo fresco grata sombra; todos los bienes perdidos y trocados por un desierto desolador, por unas peñas áridas, por unas fuentes amargas, por un maná insípido, sobre todo, comparado á las rebosantes marmitas egipcias donde se cocían tan ricos alimentos, con una peregrinación fatigosa é incesante, á cuyo término sólo podían hallar una tierra quizás menos grata y menos próvida todavía que los espacios por donde iban gimiendo, con los ojos vueltos hacia atrás y con toda esperanza perdida y acabada en sus destrozados corazones. Repetíase un estado moral muy semejante de suyo á ese estado moral moderno en que tantas veces caen las muchedumbres deslumbradas y seducidas por la utopia, cuando no encuentran en su libertad y en su emancipación todos aquellos bienes con que habían soñado en el período primaveral de vívidas y engañosas ilusiones, á las que no responde ni responderá jamás ninguna realidad en el mundo. Y lo primero que hacían estos israelitas, heridos por el desengaño, era convertir el recuerdo y el pensamiento hacia los pasados tiempos y hacia los pueblos opresores y enemigos, pidiendo una vuelta pronta en cambio de prestarles un culto como el antiguo, impuesto á sus corazones desengañados ahora por las amarguras de toda realidad y por las tristes asperezas del desierto. Tal es el sitio, tal es la península del Sinaí, que acaba de poner oficialmente la Sublime Puerta bajo el poder de Hamil, su honorario y nominal vasallo, que lo es efectivo y verdadero de la Gran Bretaña. El califato turco bizantino se parece mucho al viejo imperio carlovingio, cuando, por debilidad en los herederos de Carlomagno y por tristezas y encrespamientos de aquellos difíciles tiempos, instituyó bajo su antigua unidad disciplinaria el caos feudal. Gobiernan los bajaes á su antojo, y se constituyen á su gusto en jefes de tribus más ó menos muslímicas y en dueños de regiones más ó menos sumisas bajo una dependencia irrisoria del gran Señor de Constantinopla, que domina por la ciudad en que manda, y no por el vasallaje que le prestan. Si ha querido mostrar su vieja soberanía cediendo el Sinaí al virrey, poco podrá éste agradecerle tan ilusoria cesión. Lo que Hamil desea es verse libre de la tutela británica. ¿Y cuándo sucederá esto? Unicamente Dios lo sabe á ciencia cierta.

Madrid, 21 de abril de 1892



UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

LA BATALLA DE KOSLUDJI

DERROTA DEL EJÉRCITO RUSO

El parte de nuestro corresponsal, de fecha 18 de junio, publicado la semana última, quedó interrumpido en el punto en que describía cómo la columna de los rusos avanzaba hacia la emboscada tan hábilmente dispuesta por Lord Wolseley. En su siguiente telegrama ha continuado la narración de este modo:

«Hasta entonces, ni la artillería ni las tropas del general Wood, cuya posición era completamente desconocida, habían hecho un solo disparo. La columna enemiga detúvose en medio de la mayor confusión.

»El jefe que mandaba la brigada rusa, ignorando lo que encontraría á su paso, vacilaba en ordenar un ataque sin que la artillería preparase antes el terreno, y en su consecuencia pidió que se le enviase alguna. Seis baterías se destacaron poco después de la columna, y tomando el camino al galope, comenzaron á disparar contra las alturas.

»Como los artilleros no tenían blanco alguno, produjeron muy poco efecto y ninguno de los cañones situados en las colinas les contestó, y entretanto en la columna que iba por el camino reinaba la mayor confusión. Sin embargo, formóse una nueva brigada con parte de sus fuerzas y se mandó avanzar por la derecha, mientras que una tercera se puso en movimiento para apoyar á las otras dos. Cuando la de la derecha en líneas sucesivas hacia las alturas no tardó en estar á tiro de la posición en que se ocultaba á favor del terreno la división avanzada del general Wood. Entonces, apenas había cesado el rumor de la artillería rusa, los cañones ingleses tronaron á su vez, siguiéndose una descarga de fusilería en toda la división.

»Aturdida por este inesperado golpe, la brigada se desordenó, y el general Wood, aprovechando aquel movimiento, mandó que toda la división avanzara, no para atacar por medio de escaramuzas, lo cual no era necesario en aquellas circunstancias, sino por compañías tan compactas como fuera posible.

»La brigada rusa, aunque cogida de flanco y por retaguardia, trató un momento de presentar frente en esta nueva dirección; pero al hacerlo así, los cañones situados en las alturas rompieron un fuego muy vivo, batiendo las filas de los rusos en todos sentidos. Bajo aquella granizada de balas y atacada de flanco por dondequiera que se volvía, la brigada retrocedió, siguiéndola de cerca la primera división del general Wood.

»La brigada rusa de la izquierda quiso hacer frente para proteger la retirada de los que huían; pero entorpecidos sus movimientos por los fugitivos, sufriendo el fuego de las alturas y acosada por la división, abandonó el terreno también, produciendo la mayor confusión en la artillería.

»Todas las tropas que habían desembocado por la carretera eran ahora poco menos que una multitud desordenada, incapaz de obrar con eficacia, y que sufría considerables pérdidas por el fuego cruzado de las fuerzas del general Wood y el vivo cañoneo de la artillería situada en las alturas.

»El resto de la brigada, sin tener espacio para desplegarse y agobiada por los fugitivos, hubo de retroceder hasta el camino. En aquel momento, á una señal de Lord Wolseley, convenida de antemano, Sir Baker Russell, que con la mayor parte de la caballería se hallaba situado cerca de Varna, á la izquierda de las tropas del general Wood, dió una carga sobre las desordenadas filas que ahora representaban el ala derecha del ejército ruso, haciendo un considerable número de prisioneros, que fueron enviados muy pronto á Varna para ser embarcados. Entretanto el ala izquierda del ejército ruso avanzaba por el otro camino hacia Bazardjik; pero antes de que se acercara á las colinas llegó á conocimiento del general la noticia del desastre que había sufrido el ala derecha.

Aunque su primera intención había sido flanquear el ala derecha de los ingleses, á fin de atenuar el ataque contra la suya del mismo lado, el rápido progreso del desastre le obligó á cambiar de plan, y con sus fuerzas intactas tomó posición para cubrir la retirada de los restos de las fuerzas derrotadas. Sólo una división inglesa, además de la caballería, había tomado parte en la lucha seriamente, por lo cual las pérdidas eran de poca consideración. La pólvora sin humo había favorecido bastante en la acción á los ingleses.

»La derrota de los rusos era prácticamente un hecho consumado. Lord Wolseley estaba en comunicación con el general búlgaro, que con una fuerza de cuarenta ó cincuenta mil hombres había seguido de cerca á los rusos, y no podía esperarse que éstos, con sus fuerzas tan mermadas, se abrieran paso á través del ejército contrario, así como tampoco les era posible volverse contra los búlgaros sin que los dos ejércitos aliados cayeran á la vez sobre él.

»Para evitar una matanza inútil, el general ruso se avino á deponer las armas cuarenta y ocho horas después; y apenas el ejército ruso hubo entregado sus cañones, no hallándose ya en posición de tomar la ofensiva, los ingleses volvieron á la costa; pero según los últimos informes, gran parte de las fuerzas se habían embarcado ya, sin que se supiera adónde iban.

El almirante Markham y Lord Wolseley con su estado mayor han vuelto á Constantinopla, sin duda para ponerse en comunicación con su gobierno, el embajador, el sultán y otras personas. Haciendo justicia á nuestros valerosos enemigos, preciso es confesar que á la pericia de nuestro general y á la fuerza superior que teníamos en el mar se debió en gran parte el éxito.

»Desde el momento en que nuestra flota cortó las comunicaciones al enemigo, el general ruso se halló en una posición que rara vez se da en nuestro tiempo, cual es la de estar completamente privado de los medios de saber lo que su enemigo hace; al paso que nuestro general podía obtener informes más exactos de lo que es común en la guerra sobre todos lo movimientos de su contrario. Ninguna otra potencia europea hubiera podido llegar tan á tiempo para aniquilar con tal seguridad aquella fuerza rusa, susceptible de aumentarse indefinidamente mientras Rusia fuera dueña del mar. Entretanto, no se pueden hacer más que suposiciones respecto á lo que ahora intentará nuestro ejército.»

ENTUSIASMO EN EL CAIRO

MARCHA DE LAS TROPAS INGLESAS

(De nuestro corresponsal particular.)

Cairo, 8 *mayo*.

En los dos últimos días, todo el pueblo de esta ciudad ha vivido en un estado de excitación con la que apenas es comparable la de los días que siguieron al memorable 15 de septiembre de 1882, cuando, al llegar ante la puerta de la ciudadela Sir Drury Lowe con su caballería procedente de Tel-el-Kebir, comenzó la pacífica ocupación del Cairo por los ingleses. No había entonces allí europeos, y hasta los egipcios de la clase alta habían huído á distintas partes del país, ó hallábanse ocultos en sus espaciosas casas, que tenían cerradas para amigos y enemigos. Las demostraciones del sentimiento popular no se hacían sino por los naturales de la clase inferior, que después de temblar una semana, en previsión de los horrores que iban á presenciar, según se les dijo, en manos de los ingleses, rebosaban de contento al ver que el reinado del terror, bajo Arabi y Tulba, había terminado al fin. Sin embargo, necesitaban tiempo para reconocer si era el auxilio extranjero lo que les alegraba, ó bien la noticia de que Arabi había huído y se hallaría pronto en una prisión. Mientras tanto comenzó á discurrir por las calles una multitud de árabes errantes, *fellahs*, mercaderes, empleados y burreros, que se dirigían hacia el arrabal europeo, gritando: «¡Los ingleses han venido!»

Esto sucedió diez años hace, y durante ese tiempo los soldados ingleses y los naturales del Cairo llegaron á conocerse y apreciarse tan bien, que cuando circuló el rumor, en la noche del domingo, de que se habían dado órdenes para el inmediato embarque de las tropas de la guarnición inglesa, la noticia produjo tanta tristeza como inquietud en la ciudad.

Poco después invadió el barrio europeo una multitud ansiosa, compuesta no solamente de árabes, sino de todas las diversas nacionalidades que constituyen la población del Cairo. La muchedumbre llenó muy pronto las anchas calles que hay alrededor de los jardines de Esbekeeyeh, triste y silenciosa, y numerosos grupos fueron á situarse frente al Hotel Shepheard y el Club de Recreo.

Era ya cerca de media noche cuando la noticia se confirmó. La banda de música del regimiento de Alejandría había dejado de tocar en los jardines algunas horas antes, y casi todos los soldados ingleses se hallaban ya de vuelta en sus cuarteles; pero aún quedaban fuera algunos que tenían licencia hasta las doce y que comenzaban á retirarse atravesando entre la multitud. Muy pronto se vieron detenidos por ésta, que aprovechaba aquella ocasión para manifestarles su cordialidad y el sentimiento que le causaba su marcha. De estas demostraciones yo mismo fuí testigo: hallábame con otros ingleses y varias señoras en el balcón del Hotel Shepheard, observando los grupos, cuando de pronto resonó á cierta distancia, mas allá del consulado británico, un estrepitoso rumor de voces extrañas, entre las cuales se reconocía el grito gutural de los árabes, el *viva* de los italianos,

el *huzzah* de los griegos y otras aclamaciones que no comprendí, pero que á todos nos hicieron volver la cabeza en la dirección de donde provenía el ruido. La multitud que se hallaba ante el balcón comenzó á gritar también, y retrocediendo después á un lado y otro, abrió paso á la más extraordinaria procesión que en mi vida he visto.

Avanzaban en primer término unos quince ó veinte naturales, que saltando como locos, proferían á cada momento, según su costumbre, las palabras *Shmarlek*, *Gemerleek*, con las cuales se mezclaron después los gritos de *¡Inglis, inglis*, vivan los *inglis!*, gritos que al punto fueron repetidos por la multitud. Detrás de ellos iba un negro muy alto, casi desnudo (tanto puede el entusiasmo en estos fanáticos), que levantaba su brazo derecho (sacrificio á la amistad) atravesado por un largo cuchillo del cual goteaba la sangre hasta el suelo. En último término seguía un coche, alrededor del cual una multitud muy frenética gritaba y gesticulaba como poseída de locura; en el pescante del vehículo, que no llevaba cochero, veíase un tocador de mandolina y un arpista, que rascaban sus instrumentos sin que se pudiese oir una sola nota. En los asientos del carruaje se hallaban los personajes objeto de la demostración, dos soldados ingleses, uno de los cuales, aunque conservando su buen humor, pugnaba inútilmente contra una docena de manos que le retenían en su asiento, impidiéndole saltar á tierra, por más que gritaba que debía hallarse ya en el cuartel y no tenía tiempo para *tontear*. Nadie hacía caso de sus protestas, y su compañero, que había cedido al parecer á las razones de un griego, el cual le presentaba un frasco de algún licor pernicioso, no le ayudaba, manteniéndose en una actitud pasiva, sin aprobar ni condenar aquel proceder.

Aquel remedo de carnaval pasó lentamente; los gritos se debilitaron con la distancia, y extinguiéronse al fin; pero la multitud, silenciosa de nuevo, permaneció con la vista fija en las ventanas del hotel. Cuando yo me retiraba del balcón, un hombre que miraba desde la calle gritó: «*Ah Hawaga*; Teufik Bajá se ha ido ¡Alá le ayude! Ahora se van los ingleses; malos días vendrán.»

Durante la noche del domingo y todo el día de ayer la multitud ha llenado las calles, y aunque se aseguró que los soldados ingleses, llamados repentinamente, serían sustituídos por sus hermanos de armas indios, esto no satisfizo al público, ni desvaneció la mala impresión producida por la marcha de los ingleses. Los naturales alegaban que por más que los soldados sirviesen á la reina de Inglaterra, no eran como los ingleses que ellos habían conocido, los cuales «vestían de amarillo, llevaban toallas en los sombreros, pagaban bien el alquiler de los burros, hacían muchas compras en los bazares y tomaban por turquesas pedacitos de vidrio azul.»

Con muy pocas excepciones, todas las tropas inglesas quedaron ayer en los cuarteles, no precisamente por tener que ocuparse de sus preparativos de marcha, pues desde que se reforzó la guarnición los jefes estuvieron siempre dispuestos á cumplir las órdenes en dos horas, sino para evitar la repetición, probablemente en mayor escala, de las demostraciones hechas en la noche del domingo. Los naturales, por lo tanto, debieron permanecer ante las puertas de los cuarteles, observando cómo los soldados ingleses hacían afanosamente los preparativos de su marcha.

Gracias á la energía y previsión del comandante en jefe, que tuvo buen cuidado de situar tropas á lo largo del canal, desde Suez á Puerto Said, para evitar cualquier accidente, los barcos de transporte no han sufrido ningún retraso. Cada vapor, de los ocho destinados á este servicio, desembarcaba al llegar á Suez las tropas que conducía desde Bombay, pasando después al canal para recibir los regimientos ingleses de Alejandría. Las brigadas indias están acampadas ahora aquí, esperando órdenes para dirigirse á sus diversas estaciones.

Las tropas inglesas han recibido orden de salir hoy á mediodía: dos regimientos sudaneses y uno egipcio formaron á la entrada de la estación del camino de hierro como guardia de honor. El joven jedive, acompañado de su hermano Mehemet Ali-Bey, y seguido de Zulficar Bajá, con muchos altos dignatarios de la corte, acudió también para despedirse de los ingleses; el jedive mandó situar su carruaje para ver mejor las tropas, y al pasar cada regimiento, saludaba, diciendo en inglés: «¡Adiós, señores!» Para acomodar las tropas en los trenes necesitábase algún tiempo, y muchos soldados debieron permanecer en la plaza antes de ocupar sus asientos. El jedive, que estaba muy grave y que solamente había hablado algunas palabras con Sir Evelyn Baring y otros caballeros ingleses, se disponía á retirarse, cuando de pronto una voz gritó: «¡Tres vivas por Abbas Bajá!» Ignoro quién fué el entusiasta, y no me importa saberlo; pero el hecho es que, á pesar de la disciplina, de la etiqueta y hasta de la conveniencia, las tropas que esperaban repitieron el grito junto al regio carruaje, contestando otro desde el interior de la estación.

El jedive, profundamente impresionado al parecer, se alejó rápidamente en su coche. La despedida del pueblo al pasar las tropas por las calles fué por demás patética y cariñosa; un impulso espontáneo había inducido á todos los habitantes del Cairo á ir á despedirse de los ingleses, y el paso de los regimientos fué señalado por numerosos incidentes que demostraban el afecto profesado á las tropas y el sentimiento que producía su marcha. Como ejemplo del entusiasmo de los naturales me permitiré citar aquí un caso. Uno de los regimientos acuartelados en la ciudadela cuenta en su seno un soldado, especie de gigante muy turbulento, conocido con el nombre de Macdonald, que se había granjeado muchas simpatías, distinguiéndose siempre por su valor y marcialidad; pero que fué castigado dos veces por los excesos cometidos á consecuencia de la embriaguez, pues en tal estado cometía toda clase de violencias. Macdonald llegó á ser por esto el terror de muchos mercaderes ambulantes, sobre todo de los que venden vasijas de barro y otros objetos frágiles en la plaza de Rumeyleh, pues en el momento menos pensado llegaba el gigante, destrozaba y hacía rodar por tierra su mercancía, y mostrábase dispuesto á batirse contra toda la multitud. Su principal víctima fué un vendedor de adornos de cristal, á quien varias veces rompió cuanto tenía á la venta, desafiando después á la policía. Ahora bien: al pasar Macdonald el día de la marcha por una de las calles en la primera fila de su regimiento, el vendedor, que estaba allí, le gritó: «¡Ya, Donal, ya Donal, rompe alguna cosa para darme suerte!» El soldado no hizo aprecio, y el buen mercader quedó entristecido.

Cuando el último tren hubo salido de la estación, la multitud se retiró silenciosa y triste. Yo permanecí algún tiempo más en la ciudad, y puedo decir que el sentimiento era sincero. Un indígena con quien hablé sobre esto me aseguró que los naturales repetían á cada momento:

«Los ingleses se han ido; el Effendina se marchará pronto, malos días vendrán.»

Alejandría, 9 *mayo*

He llegado hasta aquí para ver si encuentro medios de enviarle la presente. Un oficial del buque *Amphion*, que ha llegado aquí con partes de Chipre, me ha prometido llevarla á Malta y remitirla desde aquí por el conducto más seguro.

Todos los regimientos embarcados hoy y cinco barcos de transporte han marchado ya, dejando aquí órdenes selladas. Creemos que van á tomar parte en un movimiento contra Argel, á menos que se dirijan al Mar Negro. Probablemente sabrán ustedes su destino antes que nosotros.

(Continuará)

EL ARTE MODERNO EN ROMA

La unidad de Italia ha destruído Roma. No creáis paradoja esta afirmación; es verdad harto triste que se evidencia al viajero cuantas veces vuelve á la capital del mundo después de haberse ausentado de ella por algún tiempo. La fiebre del engrandecimiento material se apoderó de aquellos habitantes, y en los actuales momentos está en el paroxismo del delirio: en la Ciudad Eterna no queda una calle por la cual se pueda transitar libremente: los andamiajes pegados á las casas y los lodazales en los arroyos denuncian por todas partes nuevas construcciones que surgen en los solares de antiguos edificios.

Esta manía, que igualmente puede llamarse *destructora* ó *constructora*, acaba con la Roma del pasado A su impulso se van esas calles estrechas, sombrías, insuficientes si se quiere para las necesidades de la nueva vida cortesana, y vienen las vías anchas, incómodas en un país donde llueve mucho y hace mucho calor, de irregular trazado porque en todas partes tropiezan con edificios que no pueden ser destruídos. Con las primeras desaparece lo típico, lo pintoresco, lo característico de un pueblo que en recuerdos cimienta las grandezas de su historia; caen casas y palacios, ciertamente acreedores á mayor respeto; deshácense templos y monasterios, cuyas piedras conservará unidas la fuerza de la antigua fe. «Italia, se dijo, es una gran nación, y por lo tanto es preciso que Roma sea una gran capital.» Por desgracia confundióse el orden de los términos, y Roma apenas llega á ser una capital grande.

Porque únicamente Dios puede saber lo que esa transformación cuesta y la forma en que se hace. No hay medios ni recursos ni inteligencia para llevarla á cabo, y resulta que los edificios nuevos están hipotecados en los Bancos, que los contratistas elevan los pisos tomando dinero sobre el primero para construir el segundo, que los obreros trabajan sin remuneración suficiente, y que cada día se anuncia una quiebra, ocurre una crisis ó estalla un conflicto. Verdad es que en último resultado todos estos accidentes podrán interesar al político ó al economista; al viajero le tienen sin cuidado.

Mas ¿y el arte? ¿Creéis acaso que esa transformación de Roma siente la influencia de los antiguos monumentos, aún en pie en las grandes ruinas? ¿Imagináis por ventura que los arquitectos romanos han tenido el talento de copiar ó asimilarse algo de lo que ven todos los días? Esto habría sido tener sentido común, el más raro de los sentidos. Los nuevos edificios son inmensos palomares, sin gusto ni solidez; parecen cuarteles, y con frecuencia se hunde alguno para sepultar en sus ruinas media docena de obreros ó de vecinos. Y no se invoque en su abono la estricta economía de su fábrica; algunos cuestan caros, muy caros, y son los peores. Dígalo, si no, aquel desgraciado caserón de los hermanos Bocconi, construído en pleno Corso, con sus puertas de cochera elevadas hasta el tercer piso y sus ventanas semejantes á un mal friso de tejado: es el edificio más pretencioso, más barnizado y más rematadamente malo que se concibió en nuestra época.

El arte se fué de la ciudad romana, siendo inútil buscarlo fuera de las ruinas clásicas y de los edificios del Renacimiento. Véase, si no, lo ocurrido hace muy poco tiempo. Italia, que tributa á sus desgracias la conmemoración reservada por otros pueblos para sus triunfos, quiso erigir un monumento á las víctimas de Dogali, y para ello levantó en la plaza de Termini un obelisco egipcio desenterrado en recientes excavaciones; es decir, creyó aplacar los manes de los quinientos infelices muertos en traidora lid en las arenas africanas, dedicando á su memoria una columna de granito arrancada al lecho del Nilo, con largas inscripciones jeroglíficas en las cuales un ilustre monarca de los Ramésidas explica su divina genealogía ó en sentida endecha canta un himno al Sol, protector de su país. El «Cristo con un par de pistolas,» señalado por el refrán español como tipo de la inoportunidad, halló su superior en Roma.

Las diversas manifestaciones del genio artístico van ligadas por estrecha cadena á la vida de los pueblos, y aparecen juntas y confundidas cual si fueran notas de una misma melodía, cuerdas del arpa que arpegia la belleza, esta madre universal de los grandes sentimientos. Cuando en una nación ó en una gran ciudad renace el arte, el progreso se extiende á todas sus ramas, á la pintura y á la música, á la escultura y á la arquitectura, que siguen la misma vía, se auxilian y avanzan á la par. Pero también, por efecto quizás de esta ley de solidaridad, cuando el arte aparece en decadencia, entonces la ruina es completa, las nulidades son absolutas, ningún destello del genio ilumina los obscuros horizontes de la vida. Por esto hemos de afirmar que hoy no existe arte romano.

Basta contemplar para convencerse de ello las exposiciones periódicas que se celebran en Roma, llenas de malas pinturas y peores esculturas, cuya venta no facilitan los desmesurados bombos de los periódicos; véase, y esto se halla siempre al alcance de cuantos visitan á Roma, véase el número de tiendas que exhiben obras de arte y las realizan en pública almoneda. No puede imaginarse nada más pobre, monótono y pesado que esas galerías abiertas en cien tiendas del Babuino, plaza de España y Vía Condotti, atestadas de acuarelas y telas sin color, sin dibujo y sin asunto: obras que reproducen hasta la saciedad el vulgar tipo del campesino romano entregado á toda suerte de ocupaciones, desde la de tocar la flauta hasta la de pacer rebaños ó dar de comer á la gallinas. Si cambia el personaje del cuadro, de seguro lo sustituye uno de esos moros de carnaval vestidos con sábanas y toallas. Los cuadros de género, los paisajes, las marinas, no se intentan siquiera, ó se convierten en nubes de caramelo y aguas que parecen cultivos de microbios. Las mismas reproducciones de cuadros antiguos son tan malas como las obras originales.

Es grande el marasmo en el comercio de objetos de arte, y los romanos, acostumbrados á mejores tiempos, que pasaron, se resienten de él y apenas llegan á colocar sus obras. ¿Pero quién ha de comprarlas si el gusto se educa todos los días, y hasta el vulgar y prosaico ricacho de California que



La gran guerra de 1892. – Escenas ocurridas delante del hotel Shepheard, en el Cairo, antes de la salida de las tropas inglesas

visita á Roma se resiste á llevar adefesios á su casa? Y cuéntese que para alucinar á los compradores se apela á toda clase de expedientes: á la recomendación, al anuncio, al reclamo, hasta se abren almacenes donde en grandes carteles se avisan las ventas de las obras *por cuenta y á precio de artistas.* Mal negocio deben hacer estos sacerdotes del arte metidos á mercaderes.

Al escribir la frase *no existe arte romano*, no quiero significar que no se haga buen arte en Roma. Forma legión el número de artistas que en ella viven, de gran mérito algunos, de porvenir bastantes, apreciables todos. Pero casi todos son extranjeros, y mi amor patrio se envanece añadiendo que los españoles están en mayoría. No hago aquí crítica comparativa, ni quiero halagar vanidades citando nombres propios: baste decir que nuestros pintores y escultores domiciliados en la Ciudad Eterna emprenden con fe la carrera del arte y muchos llegan al final de su camino viendo sus obras solicitadas, aplaudidas y buscadas sin necesidad de anuncios ni de exposiciones.

Pero preguntad á nuestros compatriotas cuántos romanos visitan sus talleres, cuántas obras de su ingenio han quedado en Roma, y os contestarán en sentido negativo. Los aristócratas viejos están arruinados ó no tienen gusto; los jóvenes en general prefieren correr caballos á la inglesa ó pasear en lujoso tren por el Corso con sus amigas del día. Y los capitalistas nuevos apenas pagan papel pintado para sus habitaciones y toleran vaciados de yeso en los pórticos de sus palacios.

Sin embargo, ¡qué gran escuela de arte sigue aún siendo la Ciudad Eterna! Los testimonios de sus civilizaciones antiguas, las obras de sus más afamados ingenios, las construcciones mejores que se elevaron en el brillante período del Renacimiento, todo se encuentra reunido en el lugar consagrado por la religión y por la naturaleza, donde lo mismo puede el alma elevarse á las sublimes regiones del ideal divino, que abrirse á la vida y á la luz en campos hermosos por sus líneas y sus colores, y en ruinas imponentes por sus recuerdos y su grandeza. Allí la fantasía encuentra inagotables fuentes de inspiración y ricos tesoros de belleza; allí el artista ve ensancharse nuevos horizontes ante sus ojos, y alcanza más fácilmente la región serena del genio. Bástale que estudie, que trabaje, que no se deje contaminar al contacto de la nueva ciudad, mercante y viciada.

Así comprendiéndolo varios gobiernos europeos han creado en la capital de Italia Academias donde estudian numerosos pensionados. Francia tiene la suya en la villa de Médicis, construída en 1540 por Lippi y luego destinada á residencia del cardenal Alejandro de Médicis y de los duques de Toscana. España desde el año 1873 posee la Academia de San Pedro en Montorio.

Bellísima es la situación de la escuela española en la vertiente del Gianicolo, á la orilla derecha del Tíber. Desde su cumbre se desarrolla el extenso panorama de Roma, limitado en lejano horizonte por la cordillera de los Apeninos, con la gran cúpula de San Pedro á la izquierda, el castillo de San Angelo al lado, y las masas de edificios de la ciudad, entre los que sobresalen el palacio Farnesio, San Andrés del Valle, el Quirinal, Santa María, el Coliseo y San Juan de Letrán, hasta perderse á la derecha en los cañaverales del río, que se desliza bajo los puentes de Sixto, Garibaldi y del camino de hierro. Y no mueve solamente á los viajeros el atractivo del paisaje para subir á aquel lugar; las tradiciones cristianas lo han hecho célebre afirmando que en la amarillenta colina, llamada Monte de Oro por el color de sus arenas, fué martirizado San Pedro, el primero de los apóstoles. En conmemoración de este suceso, desde los tiempos de Constantino erigióse allí una capilla, que más tarde debía verse engrandecida por la piedad de los monarcas castellanos.

Al lado de la capilla se levantó un monasterio de frailes franciscanos. Estos supieron granjearse las simpatías de los Reyes Católicos, y con ello lograron buena fortuna, ya que en 1500 el real tesoro español sufragaba los gastos de las construcciones en la actualidad existentes, es decir, la nueva iglesia tan rica de adornos como de sepulcros y el convento ahora convertido en Academia.

Entremos un instante en el templo: á ello parece invitarnos como tributo rendido á la patria ausente el magnífico escudo nacional tallado en piedra que ostenta la fachada. Este escudo se repite cien veces dentro de la iglesia; está esculpido en todas las claves de los arcos, encima de los altares, junto á los ricos mausoleos. Las pinturas murales son preciosas, aunque por desgracia han sufrido mucho los efectos del tiempo y de la humedad. En el primer altar de la izquierda vese el *Bautismo de Jesucristo*, por Daniel Volterra, el famoso *Pintabragas*, como fué llamado en Italia cuando vistió las figuras del *Juicio final* de Miguel Angel. Enfrente hay el *Martirio de los azotes*, pintado por Sebastián del Piombo. Es muy marcada en esta iglesia la influencia del Renacimiento; las estatuas de los altares y de las sepulturas fueron inspiradas por las obras de Bernini, y las pinturas son obra de discípulos de Miguel Angel y del Perugino. En el altar mayor, que nada notable ofrece ahora, figuró durante muchos años el último gran cuadro que Rafael pintara por encargo del cardenal Julio de Médicis y que los franceses se llevaron de Roma en 1697: es la *Transfiguración de Cristo*, devuelto á Italia en 1815 y depositado ahora en el museo del Vaticano.

En el patio situado á la derecha de la iglesia álza-



TIPO ARAGONÉS, dibujo al carbón de D. Baldomero Galofre

se un precioso templete redondo, verdadera joya de la arquitectura. Fué construído por Bramante, el gran rival de Miguel Angel, y no tiene más objeto que resguardar el hoyo del suelo donde por vez primera dícese fué alzada la cruz en Roma. El agujero allí está, abierto y redondo cual debieron hacerlo para izar el lábaro cristiano, y el buen fraile que lo enseña obsequia á los curiosos con un poco de arena que saca con un bastón hueco en el extremo. Las propinas por ello obtenidas recompensan el trabajo de reponer la tierra para que no acabe el agujero en pozo artesiano, con lo cual el monje realiza un buen negocio, al paso que, Dios ayudando, aquella arena esparcida por el mundo puede convertir muchos incrédulos.

Una lápida de mármol empotrada en el muro de ese patio atestigua el reconocimiento de la comunidad hacia los soberanos españoles, consignando que una misa en los oficios divinos y una oración en las preces de vísperas serán ofrecidas diariamente á su memoria. Pero guardan mejor estos reconocimientos las piedras que los hombres, y hoy para nada recuerda el convento franciscano montoriense á los difuntos reyes de la patria.

Pásase por el patio para entrar en la Academia, augusto templo del arte español, levantado en tierra extraña, que si nos rinde pocos provechos en cambio nos cuesta mucho dinero. No quiero ocuparme de su organización defectuosa y deficiente, ni lavar en público la ropa sucia de la casa; pero sí he de decir cuatro palabras sobre el carácter de la institución, á mi juicio muy mal interpretado.

Allí hay en primer término pensionados de música. No sé á qué van esos jóvenes á Roma, ni qué pueden aprender en la cumbre del Gianicolo, como no sea poner en solfa el dialecto romanesco que se habla en el Trastévere. En Italia hay una sola escuela de arte musical, y ésta se halla en Milán.

También hay en la Academia pensionados de arquitectura. ¿Para qué? No se ha considerado si Roma es la ciudad más á propósito para estudiar arquitectura, allí donde todos los monumentos antiguos son ruinas deshechas y todos los edificios del Renacimiento han sido reproducidos con sus planos de construcción. Podíanse enviar esos alumnos á Grecia, que tuvo arte propio, ó á Egipto, que conserva en pie sus más importantes templos antiguos; pero no lo hemos acordado así, y resulta que nuestros pensionados de arquitectura vuelven de Roma para no hallar trabajo en España, porque encuentran que sus compañeros que no tuvieron pensión en Italia saben más que ellos.

Otra plaza curiosa en la plantilla de la Academia es la de grabador en hueco, mantenida cuando en Roma nadie ejerce este arte, y el gobierno italiano envía pensionados á Alemania para estudiar los procedimientos nuevos de grabado mecánico.

Quedan los pintores y escultores, únicos que deberían existir en la Academia si ésta fuese mantenida ó reorganizada; mas no nos alienta la idea de que de treinta ó cuarenta alumnos que han pasado por San Pedro sólo tres ó cuatro se han dado á conocer en el mundo artístico; los demás, nulidades eran al llegar á Roma y nulidades siguen siendo después de haber recibido cuatro años de educación oficial.

Y sin embargo, no son responsables estos jóvenes de su falta de éxito. En mi concepto, la causa de que no obtengan buenos resultados se halla en la Academia misma. Su atmósfera no es sana, ni en lo físico ni en lo moral, y como el claustro, seca la fantasía en vez de avivarla. Yo suprimiría de buen grado esa escuela y dejaría á los pensionados españoles en libertad de vivir en Roma á su gusto, según ocurre con los enviados por otras naciones y por muchas diputaciones y ayuntamientos de nuestra patria. Ganarán ellos en primer término, economizará el Tesoro buenas sumas suprimiendo gastos inútiles de dirección y entretenimiento, evitaremos escenas poco gratas, y cuando no tengamos centro oficial mejorará nuestro arte en Roma, porque la planta-artista crece y prospera al aire, á la luz y á la libertad, pero no vegeta en destartaladas celdas de ex conventos.



DOS FILARMÓNICOS, cuadro de K. Hartmann

LA OCASIÓN HACE EL LADRÓN, cuadro de C. Cei



LA NOVICIA, copia de un cuadro de D. José Benlliure y Gil

FRONTÓN DEL PALACIO DESTINADO Á BIBLIOTECAS Y MUSEOS NACIONALES, proyecto de D. Agustín Querol

Premiado en el concurso abierto por Real decreto de julio de 1891

No he de terminar sin decir dos palabras referentes al mejor auxiliar que tiene el artista, al *modelo* para la ejecución de figuras humanas en cuadros y en esculturas.

Es ocioso manifestar que los *modelos* de profesión abundan en Roma: son tan numerosos como los artistas. Es frecuente el caso de ver á una pobre mujer, á un campesino ó á un niño llamar á la puerta de los talleres preguntando si sirven para algo. Punto de reunión de estos modelos es la ancha gradería que de la plaza de España sube á Trinidad del Monte, en cuyos descansos se les ve á todas horas del día con sus pintorescos trajes del Agro romano.

La inmensa mayoría de los *modelos* procede de tres pequeños pueblos situados en los Montes Sabinos, que son Antícoli, Sarracinesco y Subiaco: sus vecinos parecen haberse hecho una especialidad en la profesión, y en general viejos y jóvenes viven de ella, pues tienen buenas formas y son dóciles para adaptarse á todos los caprichos del artista. También hay *modelos* romanos, especialmente entre las lindas muchachas del Trastévere y las *montishanas* ó vecinas del Campo de Flores.

Las *modelas*, llamémoslas así, tienen en Roma fama de ligeras, que á mi juicio no han usurpado. Se comprende que sean así. En su mayoría cuentan pocos años, son agraciadas y amables; los pintores son también jóvenes, y el atractivo de la forma, unido al aislamiento del taller, convierten con sobrada frecuencia á la *modela* en cortesana. Pero entonces acaba la *modela*, cansada pronto de su oficio, que sustituye por otro más cómodo y lucrativo. La carrera de muchísimas *modelas* italianas puede trazarse en cuatro líneas: llegan á Roma vestidas de campesinas y se las ve corriendo las calles desnudo el pie y el seno al aire; al año siguiente se las encuentra en coche por el Corso, luciendo ricos trajes; algún tiempo después, ó vuelven desengañadas á sus nativas aldeas ó recurren á sus antiguos conocidos en súplica de una limosna ó acaban en el hospital. Es una comedia en tres actos cuyo desenlace rara vez falla.

Sin embargo, el roce del taller y el trato con los artistas imprimen cierta nobleza de carácter al alma de la *modela*: si en los juicios de Dios las pecadoras pueden salvarse, ella se salvará primero que muchas otras. Porque rara vez las *modelas* pervierten lo íntimo de su corazón, ni al librar el cuerpo vician el sentimiento. Pecan por casualidad, y siguen la corriente porque les resulta agradable el pecado. Basta verlas altas, erguidas, con sus negros ojos destellando luz del fondo de la cenicienta órbita, alegre el rostro, dulce la sonrisa, esbelto el talle, airoso el andar, tendiendo la mano á todos y á todos tuteando en fraternal conversación. Son desinteresadas, simpáticas y aceptan con gusto su papel de amigas de ocho días; verdad es que no resistirían muchos más, dada la ligera facilidad de su carácter. A pesar de ello y en honor de la verdad, confieso haber conocido algunas que se casaron y han resultado admirables madres de familia.

Alguna vez han ocurrido entre ellas tragedias de triste desenlace. Vivo está aún en Roma el recuerdo de una *modela* que fué bella hasta lo ideal: se llamaba Marietta, y la apellidaron la *Mónaca* por el pálido matiz de su delicado rostro y el brillo extraordinario de sus ojos de iluminada. Parecía una Virgen de Rafael perdida en la tierra, ó una Santa del coro del Señor olvidada por la muerte en este mundo. Un día oyó de un pintor español frases que halagaron su oído, y dióse entera, con alma y vida, á nuestro compatriota; pero su idilio duró poco, porque el carácter de éste tenía mucha dureza, y ni siquiera cuidó de atenuar el golpe fatal de la separación que por ser casado en España era inevitable. Cuando él regresó á la patria, Marietta dobló la frente á su negro destino, pidió la muerte al cielo, y el cielo fué clemente no desoyendo tan piadoso ruego; en una tarde de otoño se abrieron las puertas del hospital para dar paso al carro que conducía el cadáver de la *Mónaca*, solo, sin el acompañamiento de una lágrima, de un amigo ni de una flor. Cuatro artistas concurrentes á la Véneta comentaron el fin de la desgraciada joven: el español estaba muy preocupado con su fama para acordarse de su víctima. En otro mundo mejor, donde se hallan ambos reunidos, Dios ha debido juzgar cuál de sus almas fué la más inocente y buena.

Otra tragedia rápida, momentánea, ocurrió un día en el Círculo Artístico. En este centro de reunión de todos los pintores que viven en Roma, hay cátedras ó academias para hacer en común estudios del natural. Una noche tomaron á una joven, Adelina, como modelo desnudo; poro ésta resistió á presentarse así delante de tantos artistas. Alguien de su familia, su madrastra sin duda, le arrancó á girones la ropa del cuerpo, empujándola sobre la tarima, ¿Qué emoción dominó en tal instante aquella débil alma? Irguióse Adelina como presa de histérico ataque, inclinó la cabeza hacia atrás y cayó de espaldas sobre el duro tablado. Al acercarse los pintores para socorrerla, sólo pudieron ver que estaba muerta. La vergüenza, como un rayo, le había partido el corazón.



EN BAS MEUDON (CERCANÍAS DE PARÍS), cuadro de F. Heilbouth

Entre los hombres despunta principalmente la nota cómica. Era conocidísimo *Faggiolo*, montañés sabino que jamás abandonó el traje especial de su país, copiado por todos los artistas. Su conversación era distraída durante media hora, cuando con la mayor formalidad decía llamarse Marco y por lo tanto ser descendiente de un emperador, no sabía si Marco Aurelio ó Marco Tulio Cicerón. El infeliz fué asesinado hace un año al salir de noche de una taberna. Tan famoso como éste era Francesco, un napolitano que dividía sus ocupaciones entre servir como modelo de los estudios y cargar bultos de los ferrocarriles, y para dar á conocer su doble capacidad usaba en la gorra una placa de cobre con la siguiente inscripción en grandes letras negras:

Mozo de cuerda y modelo de bellas artes.

¡Es digna de conservarse en un museo!

Eduardo Toda

NUESTROS GRABADOS

Cacharrero árabe, cuadro de D. Antonio Fabrés.—En repetidas ocasiones nos hemos ocupado con elogio del eximio artista Sr. Fabrés, celebrando todas y cada una de sus obras, puesto que en ellas se revela esa genialidad que tanto le enaltece y á la que debe seguramente la fama merecida de que goza. La solidez en el dibujo, acierto en la composición, colorido brillante y simpático, son cualidades distintivas de sus producciones. *El cacharrero árabe* es un precioso cuadro de caballete, en el que aparte del estudio que revela, descuellan los primores de ejecución que tan perfectamente interpreta Fabrés.

Tipo aragonés, dibujo al carbón de D. Baldomero Galofre. – Baldomero Galofre, entusiasta por el arte y amante devoto de su patria, dedica sus conocimientos pictóricos y la brillantez de su paleta á reunir los innumerables apuntes que ha recogido en sus viajes y la impresión de sus recuerdos para producir cuadros de nuestras costumbres nacionales. Galofre consagra muchas horas á tan laudable tema. Trabajador infatigable, hállasele delante del caballete ó del pupitre desde el amanecer hasta que anochece.

A esta valiosa colección pertenece el dibujo que damos á conocer á nuestros lectores, escogido al azar entre los millares de obras que la constituyen, verdadero monumento artístico que á sí mismo se erige el distinguido pintor reusense.

Dos filarmónicos, cuadro de C. Hartmann.—De este artista alemán puede decirse que es el pintor de los niños, con la particularidad de que para sus cuadros escoge, no esas lindas criaturas de rubias cabelleras y caras sonrosadas, vestidas con el gusto más irreprochable, que revela los cuidados de cariñosos padres, sino aquellas que por pertenecer á la clase desheredada parecen poco menos que abandonadas al acaso y en cuyos rostros y trajes no aparece la menor huella de pulcritud ni elegancia. *Los fumadores*, *El primer cigarro* que en anteriores números hemos reproducido son prueba de lo que decimos y de que Hartmann siente el arte y no necesita atavíos lujosos para producir un verdadero efecto estético.

La ocasión hace el ladrón, cuadro de C. Cei. – Para que la inspiración exista es necesario que se desprenda ó derive de un algo que revista las mismas condiciones que el fuego que nos anima, de la índole del soplo divino que en nuestro interior existe, intangible, grande y esencialmente bello.

No debe, pues, sorprendernos que para el célebre pintor alemán hayan servido de fuente de su inspiración las travesuras de unos cuantos rapaces, quienes aprovechan un descuido para invadir el cercado ajeno.

Aunque bajo la influencia de un cielo plomizo y en un país en donde la naturaleza no se reviste con los risueños encantos que en el nuestro se presenta, el artista ha sabido armonizar perfectamente las movidas y juguetonas figuras de los muchachos, con los tonos de la vegetación y los pormenores que les rodean.

La novicia, cuadro de D. José Benlliure y Gil – Es D. José otro de los miembros de la familia Benlliure que más han contribuído á ilustrar su apellido y que más han elevado el concepto del arte pictórico español. Dotado de excepcionales cualidades y aptitudes dióse á conocer, cuando apenas contaba doce años, por su notable composición representando al *Cardenal Adriano recibiendo á los jefes de las Germanías*, que fué premiada en la Exposición valenciana de 1872. Posteriormente y en vista de sus nuevos progresos recibió hermosos encargos, entre ellos los que le confió el rey D. Amadeo.

Difícil sería enumerar las obras que desde aquella época ha producido, pues aparte de ser numerosas, representa cada una de ellas un triunfo, bastando recordar *Una orgía*, *Escena de gitanos*, *Acólitos*, *Cuento de brujas*, etc., etc. A este número corresponde el precioso lienzo *La novicia*, en el que el Sr. Benlliure, supo dar muestra inequívoca de su buen gusto, de sus profundos conocimientos artístico arqueológicos y de sus dotes de buen colorista y dibujante.

Frontón del Palacio destinado á Biblioteca y Museos nacionales, proyecto de D. Agustín Querol, premiado en el concurso abierto por Real decreto de julio de 1891. – Cada una de las obras que produce el distinguido escultor tortosino revela un progreso, manifiesta un adelanto. Desde la presentación de su primera escultura, bautizada con el título *La Tradición*, hasta el notabilísimo bajo relieve que ha de embellecer la portada del suntuoso edificio destinado á conservar los tesoros de nuestras letras patrias, los lauros alcanzados por Querol son tantos cual el número de sus producciones.

El frontón que reproducimos, valiente y sobrio en la ejecución, subyuga desde luego por la amplitud de la concepción y por el modo genial como está modelado.

Merece el Sr. Querol un caluroso y sincero aplauso, y se lo enviamos desde nuestras columnas, puesto que obras de tal índole honran á quien las lleva á cabo y á la nación que cuenta entre sus hijos á quien las produce.

En Bas Meudon (cercanías de París), cuadro de F. Heilbouth. – *Bas Meudon* es un pueblecillo inmediato á París, adonde van los habitantes de la gran metropoli en busca de aire y esparcimiento. El malogrado pintor Fernando Heilbouth, fallecido el último año en París, inspiróse en las bellezas que la naturaleza ha reunido en Meudon para pintar el bonito cuadro que reproducimos.

Domingo Morelli, célebre pintor italiano. – Nació en Nápoles en 1826, teniendo que luchar desde su infancia con grandes dificultades para el estudio de la pintura. A los catorce años de edad ingresó en la Escuela de Bellas Artes de Nápoles, obteniendo en 1845 el primer premio por un cuadro que significaba una verdadera innovación. En todas sus obras se revela el genio poderoso del artista pensador y observador profundo, que reviste sus concepciones de una forma tan hermosa como original. El gobierno italiano, después de haberle distinguido con la cruz del Mérito civil, nombróle senador en 1886.

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. — ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONTINUACIÓN)

XV

Una tarde, á eso de las tres, el Sr. de Francœur acababa de escribir algunas cartas en su habitación; dejó la pluma y permaneció inmóvil, con los codos apoyados en los brazos del sillón y las manos cruzadas debajo de la barba. Miraba frente á sí, pero sin ver, y estaba poseído de melancolía, esa fatiga del alma que comunica una sensación continua, esa especie de extenuación que nace de la misma embriaguez amorosa. Sin causa precisa, estaba triste.

¿Por qué? ¿Sería la presencia importuna del joven Kerjuzan hacía algunos días? ¡Zumbido de mosquito alrededor de un hombre feliz! Pero ¿en qué podía perturbarle aquel niño? Ningún motivo de queja le daba, como no fuera por la circunstancia de encontrarle siempre entre Ivelina y él, haciendo con su juventud más evidente su madurez. El coronel reflexionó. Sí, tal vez esto era lo que le inquietaba; sí, era la juventud de Ivón, que en las relaciones psíquicas de los habitantes del castillo entre sí hacía las veces de un agente químico que descompone un grupo de elementos, obligándolos á que se atraigan según nuevas leyes. Antes de la llegada del adolescente, nada separaba al coronel de Ivelina, y podíase olvidar la diferencia de sus edades; pero no ahora, porque el joven era demasiado vivaz y ligero, para que el Sr. de Franc ur no pareciese junto á él torpe y pesado.

Se representó á Ivón é Ivelina jugando al volante, persiguiéndose como niños para cogerse, y suspiró al pensar que aquellas cosas habían pasado ya tiempo hacía para él. Temía el ridículo, y sin querer confesárselo, tuvo celos del adolescente, no solamente por su juventud, sino porque quería tanto á su prima.

Y harto evidente era esto último: su ternura, que le rebosaba por todos los poros, se advertía en el fuego de sus miradas, en la dulzura de su sonrisa, en la viveza de sus ademanes cuando se trataba de servir á la virgen y en sus delicadas atenciones. ¿Y ella? ¡Qué cariñoso era su mirar, y cómo se explayaba franca y alegre con él! Veíase que le amaba como hermano... pero ¿le amaría también de otro modo?

El coronel lo temió así, dejando escapar un suspiro. ¡Se presta el amor á tantas formas en esa edad juvenil y lozana! Y por primera vez, desde su llegada á Luzerme, el Sr. de Franc œur experimentó hastío y juzgóse algo viejo.

XVI

Un ligero ruido en la habitación de su hermano le distrajo de su meditación. Marcos salía ahora diariamente bajo el pretexto de hacer estudios al aire libre. Habiendo despedido á su modelo, descuidaba su cuadro de la mujer desnuda, y no parecía por el castillo sino á las horas de comer. Sin embargo, siempre pulcro y emperifollado, con las manos muy finas y blancas, apenas se asemejaba á esos paisajistas que el coronel había visto, curtidos por el sol, vistiendo una blusa de lienzo y dirigiéndose, con sus trebejos al hombro, hacia el sitio donde se proponían trabajar. ¿Iba realmente Marcos á dibujar al campo? A no ser por la absorción egoísta de sentimientos que le cerraba los ojos, el Sr. de Francœur hubiera dudado tal vez. Jozeu estaba muy cerca; la señora de Cyou había mejorado, y ya no se trataba del inmediato regreso del Sr. de Brettes. El Sr. Jugaud, molestado por su luxación, salía poco, y Marcos afectaba cierta singular expresión de disimulo y sus ademanes eran febriles.

El coronel supuso que su hermano había vuelto aquel día más pronto que de costumbre, y como estaba aburrido, pasó á la habitación de Marcos, entrando en ella sin llamar. Lilia, que revolvía en el aposento, estremecióse y se volvió vivamente muy sonrojada.

— ¡Ah, qué susto me has dado!, exclamó. Buscaba una cosa...

Lilia tenía el aspecto de la persona á quien se sorprende en flagrante delito de curiosidad.

— Me retiro, dijo el coronel.

— ¡No, no!, repuso Lilia algo turbada; ya he concluído.

— Creí haber oído á Marcos, y por eso entré.

— ¡Oh! ¡Marcos no está nunca aquí! Ya sabes que él...

Lilia se mordió los labios, fijando en el coronel una mirada indecisa, que revelaba una esperanza en medio de sus dudas.

— ¿Dónde nos ha dicho que trabajaba, cuando almorzábamos?, preguntó. ¿No dijo que en el bosquecillo, cerca del estanque de los olmos blancos?

— Creo que sí.

— ¿Quieres que vayamos á sorprenderle? Nos llevaremos á los niños.

— Con mucho gusto, contestó el coronel sin la menor desconfianza.

Y bajando al jardín, encontraron en el terrado á Ivelina, que trabajaba muy seria junto á su tía. Tigiale, que se había encariñado con ella, estaba echado á sus pies mirándola, é Ivón, á cierta distancia, contemplaba á la joven silenciosamente.

— ¿Queréis venir?, les preguntó Lilia.

Aceptaron sin vacilar, y la tía Aurora dió su permiso.

Griffith, el aya inglesa, se presentó muy pronto, llevando á Pepita de la mano. Juana, que corría delante, se precipitó hacia el Sr. de Francœur.

— ¿Nos llevaremos al perro?, gritó. ¿No es verdad, tiíto?

— Si tú lo quieres, que venga.

Juana era la única que no tenía miedo de Tigiale; así es que, rodeando el cuello del perro con sus brazos, se dejó lamer el rostro de una sola lengüetada, lo cual escandalizó á Griffith.

— ¡Oh, qué sucia, *shocking!*, exclamó.

Reunidos todos, emprendieron la marcha: Lilia, junto á su cuñado, hablaba poco y parecía preocupada; mientras que el coronel, al ver á Ivón é Ivelina juntos andar delante, sentía renacer todo su descontento, opinando que se les dejaba demasiado libres y solos. En sus perspicaces y nacientes celos, molestábale que aquel afecto de Ivón se sustituyese al suyo ante sus propios ojos, mientras que á él le hacían enmudecer las conveniencias y su probidad. Sin embargo, acababa de saber que el joven permanecería poco tiempo en el castillo, pues antiguos amigos del padre de Ivón le esperaban en Bretaña. Con ingenua impaciencia sorprendióle reconocer que deseaba aquella marcha; no obstante, cuando reflexionaba bien, sentía deseos de encogerse de hombros. Ivón era un niño: ¿en qué, pues, podía molestarle? Y sin embargo, así era, pues desde su llegada, el Sr. de Francœur mostrábase más reservado para con la joven y evitaba hablarle familiarmente. Tal vez estaba un poco enojado con Ivelina sin darse cuenta de ello; pero lo que más temía era que Ivón adivinara sus sentimientos, cosa que le hubiera molestado extraordinariamente, aunque no podía explicarse por qué. ¿No sería, pues, tan natural y sencillo como él se lo imaginaba su amor hacia Ivelina?

Marcos no estaba en el bosquecillo ni cerca del estanque.

Lilia regresó de la excursión algo nerviosa, hablando en voz muy alta y riendo de cuando en cuando con risa forzada. A fuerza de oirla, el Sr. de Francœur hubo de volver en sí y mostróse inquieto.

— Marcos habrá ido á trabajar á otra parte, dijo.

Y aunque no abrigada sospechas respecto de su hermano, empezó á comprender que su cuñada las tenía.

Lilia esperó febrilmente la vuelta de su esposo, y cuando éste entró en el salón, donde aún no se habían encendido las lámparas, preguntóle delante de su hermano con fingida expresión alegre:

— ¿Has trabajado mucho?

— Sí, contestó Marcos.

— ¿Dónde?

— Junto al estanque; no me he separado de allí en todo el día.

— ¡Ah! ¿Y en qué punto?

— Junto á la encina muerta, como siempre.

Lilia sonrió de una manera extraña, pues las niñas y ella misma se habían sentado precisamente en aquel sitio.

— ¡Es muy raro!, dijo; hemos pasado por allí y no te hemos visto.

Marcos mintió con aplomo, recordando que en aquel momento... Inventó otro embuste, que Lilia fingió creer, clavando en él una mirada singular con las pupilas muy dilatadas y una sonrisa forzada que le hubiera inquietado si la hubiese visto á plena luz. En aquel momento entraba un criado con las lámparas encendidas y Lilia mudó de conversación.

XVII

Al día siguiente comenzaba la estación de caza, y el Sr. de Francœur y Marcos debían tomar el tren de Attigne para ir á Sognes, donde les esperaba el Sr. Devarenne.

Aquella ausencia no agradaba en lo más mínimo al coronel, pues su decidida pasión por la caza se había calmado, y disgustábale alejarse en aquel momento de Ivelina. Un malestar que no se explicaba comunicaba cierta flojedad á sus músculos. No sabía qué pensar tampoco de la actitud de Marcos y de su esposa, y como prefería las situaciones despejadas, inquietábale no saber á ciencia cierta qué era lo que sospechaba Lilia y si sus sospechas eran ó no fundadas. Al mismo tiempo, su reserva y una especie de timidez para sondear el alma de otro impedíanle interrogar á su cuñada y menos aún á su hermano, contra quien abrigaba un secreto resentimiento; pues á su modo de ver, á él era á quien correspondía tratarle como amigo, confiándole espontáneamente sus secretos si los tenía.

En su consecuencia, experimentaba una doble inquietud; en primer lugar, por el proceder sospechoso de Marcos, y en segundo, por los sentimientos que en él había despertado Ivelina, estado complejo que le desorientaba y en el que á la fatiga del espíritu agregábase el sopor del ensueño: su amor le alucinaba á la manera del *hatchis* de los orientales. Por otra parte, el haber interrumpido su sistema de vida higiénico y metódico alteraba la normalidad de su estado físico, y por más que tratase de reconocerse no veía en sí el mismo hombre. Después de la repentina embriaguez de los primeros días, sentía esa indolencia que se produce después de un día de fiesta; no estaba seguro de que su amor no fuese un ensueño; el contacto entre él y la realidad se había interrumpido hasta cierto punto; sentíase presa de extraña vaguedad, é ignoraba si debía parecerle dulce ó penosa aquella lánguida inquietud, semejante á la que se produce cuando se está amagado de una enfermedad.

He aquí por qué, desde por la mañana paseaba de un lado á otro con el espíritu intranquilo, pensando en Marcos, ausente siempre; en Lilia, reservada y muda; en los Fabvier, casi invisibles, que con seguro tacto preservábanse de tribulaciones inminentes y que por prudencia y amor al reposo manteníanse aislados, cerrando ojos y oídos.

Hubiera querido ver de nuevo á Ivelina á solas, lo cual no le había sido posible hacía algunos días. Tal vez á pesar de su delicadeza hubiera tratado de hablarle, de averiguar por lo menos muy discretamente cómo acogería la idea de ser amada y si consentiría en que él pidiese su mano. Parecíale ahora que hubiera debido comenzar por aquí aun á trueque de romper con las conveniencias sociales; pero su situación particular y su mayor edad ¿no excusaban por ventura aquel paso, que él daría con la mayor reserva y prudencia á fin de alarmar lo menos posible á la joven?

Después de almorzar había visto á Ivelina dirigirse sola al jardín, hacia los grandes rosales, donde por primera vez se le apareció radiante de belleza, y regocijábase de que el inseparable Ivón no fuese con ella. Con ligeros pasos y la mirada recelosa del hombre que no quiere ser visto, introdújose por una pequeña avenida á fin de salir de frente al encuentro de la joven y cruzarse con ella como por casualidad.

Su corazón latía como el de un enamorado de veinte años; presentía algo decisivo y sentía la necesidad de poner de una vez término á aquella situación ambigua. Trataba de distinguir entre los grupos de árboles el vestido claro, que no podía ver sin per-

turbarse; y por temor de que se oyeran sus pasos sobre la grava, anduvo por el césped.

Iba ya á llegar á una pequeña cabaña de jardinero, cuando oyó el rumor de dos voces; y en el instante, temoroso de ser sorprendido, y por un rápido é inexplicable movimiento, como si cometiese alguna mala acción, refugióse detrás de aquella cabaña, que era de tablas, con ventanillos ocultos bajo el espeso follaje de unas matas de capuchinas. Desde allí, sin ser visto, divisó á Ivelina é Ivón que se adelantaban; su despecho fué muy vivo al verlos juntos, pero aún fué más ansiosa su curiosidad, pues Ivón tenía el rostro muy animado y la aparente emoción de Ivelina no era menos significativa. Acercábanse poco á poco, y se detuvieron precisamente delante de la cabaña, junto á un banco de piedra.

– Te digo que *le* gustas, repetía Ivón; lo sé, lo adivino, y no puedo tolerarlo

– Pero ¿por qué quieres que le guste?, preguntó Ivelina ruborizándose.

– ¿Cómo por qué?, replicó Ivón. Pues sencillamente porque eres joven y hermosa, y porque no es posible que nadie te vea sin amarte.

– Pero ¿qué pretendes significar con eso?, repuso la joven. El Sr. de Francœur es bueno y obsequioso para todo el mundo.

– Lo es particularmente para ti, y esto me hace sufrir.

Ivelina se volvió hacia el joven.

– ¿Y por qué has de sufrir? A mí me es indiferente.

Esta palabra, pronunciada con cruel ingenuidad, fué una puñalada para el Sr. de Francœur, que se mordió los labios hasta hacerse sangre. No veía el rostro de Ivelina, y el hecho de que estuviese vuelta de espaldas le angustió tanto como las palabras que había oído. Ivón seguía hablando.

– Supón, dijo, que trate de casarse contigo...

– ¿El Sr. de Francœur?... ¡Qué locura!, balbució la joven.

– ¡Oh! Sí, una gran locura; pero supón que así sea. ¿Consentirías tú en ello?

– ¿Y me preguntas esto?, repuso Ivelina con voz débil y confusa.

– ¿Consentirías?, repitió Ivón con dureza.

La joven hizo una señal negativa repetidas veces.

El Sr. de Francœur se sentía ahogarse, pero menos por causa del amor propio resentido que por el afecto desdeñado. No experimentó el menor sentimiento de rencor contra Ivelina; pero en aquel instante odió á Ivón con toda su alma.

Los dos jóvenes proseguían su diálogo: el adolescente, medio arrodillado en el banco delante de Ivelina, que estaba de pie, habíale cogido las manos, y con los ojos ardientes y encendido el rostro, le decía:

– ¡Qué quieres! No puedo soportar la idea de que otros te amen ni te miren siquiera, pues nadie te adorará como yo. ¿No somos novios desde la infancia? ¿No me prometiste ser mi esposa?

La joven procuraba desasirse de las manos de Ivón.

– No me hables así, dijo; haces mal en decir esto.

– ¿Por qué? Te repito que te amo, y no he podido decírtelo hasta ahora porque nunca hemos estado solos y siempre nos espía ese hombrón.

¡Ese hombrón! Al oir esto el Sr. de Francœur, su rostro tomó el color de la púrpura al comprender que la acusación era merecida. ¿No los estaba por ventura espiando?

Ivón continuó:

– ¡Dime que no me aborreces!

– ¡Qué loco eres, Ivón! ¡Vámonos ya!

– Dímelo, Ivelina, te lo suplico.

– ¡Pues bien: sí, te amo!

Y en seguida añadió como augustiada:

– ¡Estate quieto; déjame, Ivón, déjame.

La joven, sonrojada, esforzábase para desviar el rostro de los labios que buscaban sus mejillas, y un momento después huyó jadeante lejos de los grandes rosales; mientras Ivón la perseguía, murmurando en voz baja y suplicante detrás de su encantadora figura:

– ¡Ivelina, Ivelina!

XVIII

El Sr. de Francœur no salió desde luego de su escondite, pues parecíale que su semblante revelaría sus impresiones. La adivinación celosa del adolescente le confundía; él creía que nadie conocía su amor, y un niño le descubría. ¡Ivelina no le amaba! ¡Para ella era un ser indiferente!, según sus propias palabras. ¡No quería casarse con él! Por mucho que esto resintiera su orgullo viril, martirizábale más aún ver sus esperanzas defraudadas. Estaba consternado.

Al salir de la cabaña anduvo de prisa, apresurándose á huir del jardín, de los rosales floridos, cuyo aroma irónico parecía exhalarse para otros más bien que para él. Salió al campo, iluminado por el sol; parecíale que se ahogaba, y llevaba la cabeza descubierta; toda la sangre le refluía al cerebro, y sufría como si le comprimieran las sienes.

«¡Loco, loco!,» pensaba con amargura. ¿Cómo pudo engañarse hasta el punto de creer que agradaría á su edad, que una niña radiante de hermosura consentiría en darle la mano de esposa á su primera demanda? ¿Cómo no había comprendido que la juventud busca y quiere siempre la juventud? ¿Tenía él por ventura aquellos ojos de Ivón, aquellos labios, aquella tez fresca y aquella soltura que revelaban los encantos y las agilidades á la vez de animal y de niño? ¿Qué era él sino un hombrón, como lo había dicho cruelmente el joven Kerjuzan, ó cuando más un hombrón bien conservado? ¿Qué importaba la juventud de su corazón? ¿No era acaso viejo de ingenio? ¿Sabía reir y bromear como los jóvenes? ¡Ah! ¡Cómo echó de menos entonces la juventud perdida! Porque bien lo reconocía: Ivón no simbolizaba otra cosa que la juventud. Tal vez no era á él á quien en realidad amaba Ivelina; en lo imprevisto de los acontecimientos, en lo incierto de la vida, quizás no se uniera con aquel novio de la infancia, sino con un hombre joven y fuerte, y no tampoco de edad madura ni cargado con el peso de cincuenta años, como él.

En aquel momento, el Sr. de Francœur sufría horriblemente; su pasión se desprendió de los crueles lazos del amor propio, olvidó su vanidad herida, y ya no pensó más que en el desvanecimiento de su ensueño

«¡Pero yo la amo, se repetía; sí, la amo!»

Y renunciar al objeto de su cariño sin lucha le pareció cobarde.

«¿Por qué no combatir?, se decía. Sin duda ella no puede amarme así, por instinto; yo soy quien debe tratar de agradarle; tengo lengua, pues debo hablar. Cierto que nos separa una gran diferencia de edad, pero matrimonios más desproporcionados se han visto. ¡En fin, no soy viejo todavía!»

Y toda su fuerza física se sublevaba en él con un sentimiento de orgullo. Andaba en medio de los campos, con los ojos deslumbrados por la luz, sin sentir el sol ardiente que abrasaba su cabeza descubierta, exaltado por una embriaguez de dolor.

«¡No, pensaba, yo no puedo renunciar á ella! ¿Qué me importa ese chiquillo? ¿Qué es ese Ivón para Ivelina, sin posición y demasiado joven para casarse hasta dentro de algunos años? No es posible que ella le ame profundamente, porque su corazón perturbado no sabe todavía lo que propiamente siente. ¡Ah! Si yo supiese cómo conmoverla! ¡Si ella pudiese leer en mi interior, adivinar cuánta ternura constante y viril pondría á sus pies! Yo colmaría todos sus deseos. ¡Con qué placer la embellecería y engalanaría! Las diversiones son necesarias para su juventud, y no le faltaría ninguna. ¡Su cara sería la más hermosa de la ciudad, é Ivelina sería admirada como una reina!

»No soy más que un pobre hombre, decíase el Sr. de Francœur con una modestia conmovedora; pero lo poco que soy, lo poco que valgo, mi nombre, mi posición, todo esto serviría para realzar su belleza. ¿No tendría ella cierto orgullo en mandar y ser en todo la primera? ¿No sería para ella un placer gastar con sus pequeñas manos en limosnas, en objetos de lujo y en trajes la fortuna que yo no empleo?»

Y en su delicadeza, el coronel olvidaba voluntariamente que las señoras de Kerjuzan disfrutaban de una fortuna menos que regular, y que por lo tanto ofrecería á Ivelina un buen «casamiento.» No pensaba que este argumento pudiera conmoverla, y reservábale para sí como una promesa de generosidades.

De pronto se detuvo, interrumpiendo sus reflexiones: el Aulnette corría á sus pies, cerca del pabellón de los Fabvier, al que había llegado en su desordenada carrera por casualidad; y allí el recuerdo del fresco y casto baño le oprimió el corazón, produciéndole una augustia dulce y cruel á la vez. Volvió á ver á Ivelina medio desnuda con su traje azul, con sus brazos y piernas de alabastro, con su acompasado paso; y después, en el agua, su belleza virginal, sus ligeros estremecimientos. Parecíale verla aún entre las ondas del río.

Entonces, como si su cabeza y sus ojos le abrasasen, enrojecido el rostro, bañado por el sudor de la fiebre, llegó hasta la orilla, inclinóse sobre el agua, introdujo las manos hasta la muñeca y bañóse la frente. Aquel agua pura y helada le recordaba la virgen; bebió en el hueco de la mano, y aquella frescura le hizo sentir la dulce impresión de un beso. ¡Pero aquel calor de la frente que no se calmaba! El coronel se inundó entonces el rostro y la cabeza, como un caballo que se sacude, y cuanto más fría era el agua, más le abrasaba, como si en la insolación que acababa de atacar su cerebro fueran llamas líquidas lo que vertía sobre su cabeza.

El coronel se detuvo; estaba como deslumbrado; parecíale que los objetos vacilaban ante sus ojos; todo lo vió rojizo, y se le figuró que su corazón daba vueltas como la rueda de un molino...

XIX

Apenas entró en el castillo, Ivelina é Ivón, que acechaban su regreso, miráronle con sorpresa al notar que tenía los ojos inyectados de sangre y el rostro encendido. El coronel fijó á la vez en ellos una mirada turbada; había vuelto maquinalmente, sin idea ninguna, sin sufrimiento, aquejado tan sólo por aquel espantoso calor en las sienes y ese martilleo característico de la neuralgia. Por eso comprendió mal lo que Ivón le decía y lo que Ivelina le confirmó: Lilia estaba indispuesta, retirada en su habitación, y esperábale para hablar con él.

– Pues voy allá, contestó con voz torpe y confusa.

Un momento después llamó á la puerta de Lilia, que le abrió al punto. Las cortinas estaban corridas, el lecho descompuesto, como si se hubiera echado, y en la habitación reinaba esa obscuridad que se busca y se produce para ocultar en ella un malestar ó una pena. Lilia, muy pálida, tenía las facciones contraídas, y hallábase tan absorta, que no observó lo que en el coronel había de insólito.

– ¿Sabes dónde está Marcos?, preguntó con cierta expresión algo extraviada y acento penetrante.

– ¡Yo no!

– Pues ahora está con *ella*, y no la deja. ¡Lo sé todo... mira!

Así diciendo, enseñóle una esquela abierta y arrugada, que el coronel al pronto no tomó.

– ¿En casa de quién?, balbució.

– ¡En casa de esa horrible mujer!

– ¡Oh!, exclamó el coronel con asombro.

– ¡Lee, lee!

El Sr. de Francœur tomó el papel azul, estriado de patas de mosca, que no pudo leer, pareciéndole que las letras bailaban ante sus ojos.

– Le da una cita, dijo Lilia. ¿No es bastante claro? ¿No me engañaba bastante bien? ¡Sus besos!..., añadió con expresión de disgusto... ¡Ah, qué cobarde!

El Sr. de Francœur hizo un esfuerzo supremo para coordinar sus ideas: Marcos, la baronesa.

– ¿Pero cómo sabes?..., comenzó á preguntar.

– ¿Y ese billete? Le encontré en su cartera hace poco, rebuscando en su taller, porque desconfiaba. ¡Ah! ¡Todo ha concluído! ¡No quiero verle más! ¡Qué se vaya con ella en buen hora y que no vuelva! ¡Desgraciado!

– ¡Voy á buscarle!, dijo resueltamente el coronel.

A pesar de la perturbación de su cerebro, comprendía que Lilia, en su dolor, decía precisamente lo contrario de lo que pensaba, y que era necesario á toda costa que Marcos volviese en seguida. Cuanto más se prolongase su presencia en casa de la baronesa, mayor sería el agravio que infería á su esposa.

– ¡Eso es: vé, vé!, dijo con desesperado acento y estrujando con temblorosos dedos el pañuelo, que se llevó convulsivamente á la boca.

– Permíteme que llame á tu madre, pues no es conveniente que permanezcas aquí sola.

– ¿Mamá? ¡Oh! ¡Dios mío, pobre mamá, es inútil!... Pero sí, llámala.

El coronel se irguió militarmente, saliendo presuroso. En el salón encontró á la señora de Fabvier, y rogóle que pasara á la habitación de su hija.

Entonces el Sr. de Fabvier, á quien no había visto, levantóse de un gran sofá; y los dos ancianos le observaron, recelosos y alarmados por su singular expresión. Después, miráronse uno á otro silenciosamente, y hubiérase dicho que vacilaban, adivinando lo que sucedía.

Al fin el Sr. de Fabvier se decidió, y dijo á su esposa, dejando escapar un suspiro:

– Vé, amiga mía, vé á su cuarto.

XX

El Sr. de Francœur se dirigió á Jozeu sin detenerse, con paso rápido y rígido, como el de un sonámbulo.

– ¿Está mi hermano?, preguntó imperiosamente al anciano ayuda de cámara.

– La señora baronesa y el señor vizconde están en el jardín. Si el señor conde quiere tomarse la molestia de seguirme...

– Es inútil; no quiero importunar á la señora de Brettes. Diga usted á mi hermano que le espero.

Un momento después presentóse Marcos, con la cabeza descubierta y su paleta en la mano; estaba concluyendo en una glorieta el retrato de la señora de Brettes.

–¿Qué hay?, preguntó.

–¡Tu mujer lo sabe todo, ven!

–¿Qué es lo que sabe?

Y Marcos tomó el aspecto hostil de un culpable.

–¡Ven!, repitió el coronel con dureza.

–¡Soy libre!, repuso Marcos.

El Sr. de Francœur, atendido el estado de excitación en que se hallaba, no era muy responsable de sus actos, y la paciencia comenzaba á faltarle.

–¡Vamos pronto!, repitió.

Y las manos le hormigueaban en su deseo de cogerle por el cuello y arrastrarle brutalmente. Marcos, pálido, comprendió al ver que la sangre coloreaba el rostro de su hermano, é inclinándose al punto, contestó:

–¡Está bien, te acompañaré!

Y alejóse rápidamente. La señora de Brettes, inquieta por el recado recibido, acudía al encuentro de Marcos, el cual le dirigió algunas palabras confusas, y desapareció detrás de la glorieta, donde dejó con movimiento febril sus pinceles y su caballete. Después, tomando su sombrero, que estaba sobre una silla, reunióse con su hermano en el mismo momento en que la baronesa se acercaba á él.

–¿Qué hay?, preguntó la dama con expresión de falsa seguridad.

–La señora de Francœur está indispuesta, y reclama á su esposo, contestó el coronel.

–¡Ah!... exclamó la señora de Brettes, cambiando de color bajo la franca mirada que el coronel la dirigía con expresión de desprecio.

–¡Váyase usted en seguida!, balbució, volviéndose hacia Marcos.

Y permaneció inmóvil, viendo cómo los dos se alejaban rápidamente, sin pronunciar palabra.

Marcos rebosaba de cólera.

–Pero en fin, dijo con sequedad, cuando hubieron recorrido una distancia de unos cien metros, ¿qué pasa?

–Una carta de la baronesa, que tu mujer ha encontrado...

–¡Ah! ¡Conque me espía!

–¡Diantre, bien sabes engañarla!

–¿Es ella quién te envía?

–No, Marcos, he venido por mi propia voluntad, y á nadie has de culpar más que á mí. Tu esposa es muy digna de compasión.

Marcos bajó la cabeza.

–¡Vamos, murmuró con voz sorda, no se puede ser feliz!

El Sr. de Francœur no contestó; aquella palabra egoísta abría de nuevo su propia herida. ¡Ay, no, no se podía ser feliz!

Ya no hablaron más. La verja del jardín se abrió ante ellos; Marcos tenía una expresión maligna, y al mismo tiempo parecía estar aturdido. Cuando llegaron al pie de la escalinata oyeron que una niña lloraba.

–Es Juana, dijo el coronel.

–No, esa es la voz de Pepita, repuso el padre.

–Se habrá caído, dijo el tío.

Entonces, durante aquel momento que se detuvieron para escuchar los ayes de la niña, la tormenta se calmó súbitamente en sus corazones; ya no sintieron tanta hostilidad el uno contra el otro; un sentimiento de padecimiento común los suavizó; y el coronel, pensando en la madre ante todo, dijo á Marcos de improviso:

–¡Vamos, vé á buscar á tu mujer, y sé bueno para ella!

XXI

Cuando el Sr. de Francœur se hubo asegurado de que el llanto de Pepita no era por causa grave, volvió á su habitación, desabotonóse febrilmente el cuello y se arrancó la corbata que le ahogaba.

La fuerza que hasta entonces le había permitido conservar su rigidez faltóle de repente; parecióle ver llamas ante sus ojos, y aquejábale un fuerte dolor de cabeza, como si le introdujeran clavos en el cráneo. Figurósele que Ivón le descargaba martillazos y que Ivelina le daba los clavos sonriendo; iba vestida de color de rosa y exhalaba tal perfume de esta flor, que su aroma producía un desfallecimiento al aspirarle. Al Sr. de Francœur le faltó el aire, y pensó que Marcos, para vengarse de haberle hecho volver á su casa, había cerrado todas las ventanas á fin de que se ahogara. ¡Con la mirada fija y sin expresión parecía un loco!...

El coronel se levantó, alargó los brazos hacia la ventana, y quiso abrirla; pero la congestión cerebral pudo más que su voluntad, y le hizo caer pesadamente en un sillón, como un gigante vencido.



–Te digo que *le* gustas, repetía Ivón (pág. 284)

LIBRO III

I

... Estaba echado en su lecho. La luz de la lámpara, que apenas disipaba la obscuridad de la habitación, iluminaba su rostro enrojecido é hinchado. Marcos tenía en la mano aquella lámpara, y á su lado hallábase el médico, Mr. Corbes, á quien se había llamado á toda prisa y que se encogía de hombros.

Los ojos del Sr. de Francœur estaban desmesuradamente abiertos; su mirar era vago, y murmuraba con agitación:

«Ivelina, no, es preciso que no...»

Siguióse un silencio, y después añadió:

«Está mal hecho; yo los escuchaba.»

–¡El delirio!, dijo en voz baja el médico.

Y volviendo á coger bajo las sábanas la mano del coronel, le tomó el puso.

–En estos temperamentos robustos, añadió, la fiebre es siempre muy intensa.

Y el médico, hombre pequeño, de aspecto bonachón, miraba con una especie de tímida admiración al enfermo, cuyo cuerpo parecía enorme debajo de las sábanas. Después tomando su sombrero, dirigióse á la puerta é hizo una seña á Marcos para que le siguiese al corredor. Cuando el marido de Lilia volvió á entrar, su rostro tenía cierta expresión de inquietud: era de temer una erisipela. No sabiendo nada de la insolación que había atacado al coronel cuando con la cabeza desnuda recorrió el campo, cometiendo después la locura de inundarse con agua helada á orillas del Aulnette, no podía explicarse aquel súbito acceso de fiebre.

Tres horas antes, al comenzarse la comida, que debía parecer más triste por la ausencia de Lilia, había enviado á Miguel á la habitación de su hermano, y al oir la noticia alarmante que le comunicó el ayuda de cámara, subió presurosa y encontró á su hermano respirando con dificultad en su sillón.

¡Si Lilia hubiera estado allí para prestar auxilio! Pero encerrada en su dolor, después de una escena borrascosa en que mediaron crueles explicaciones, y seriamente indispuesta, habíase acostado, aquejada de una crisis nerviosa. Entre aquellos dos paroxismos, Marcos, atemorizado y arrepintiéndose de su proceder, no sabía qué hacerse. El estado de su esposa le afligía sobre todo, y acosábanle remordimientos; pero el de su hermano le alarmaba más, á causa de lo violento y repentino y por lo inexplicable que era.

«¡Ivelina, las rosas!...» seguía repitiendo el Sr. de Francœur con voz sorda.

Y Marcos, sentado á la cabecera del lecho, en la sombra, preguntábase:

«¿Por qué no sueña más que en Ivelina?»

El enfermo se agitó en aquel momento.

«¡Vamos, ven!,» decía.

Marcos comprendió que soñaba en la breve y dramática escena ocurrida en casa de la baronesa.

«¡Pobre Lilia!,» añadió el enfermo.

Marcos experimentó un verdadero malestar, cierta confusión, al ver cómo se reproducía en un cerebro incoherente el recuerdo del mal que había hecho á Lilia.

Y dejó escapar un suspiro, al que siguió un silencio agitado, interrumpido tan sólo por el roce de las sábanas, el rechinar del lecho, el movimiento de la ropa blanca, silencio doloroso de una pesadilla que palpita.

II

El Sr. de Francœur iba de mal en peor.

Una tumultuosa legión de imágenes se le llevaba con la rapidez del relámpago. En aquella carrera vertiginosa experimentaba una sensación de angustia, como si se ahogase; respiraba con dificultad y sentíase morir á cada instante. La alucinación, tomando entonces la forma de su padecimiento, transportóle á un período de veinte años atrás, á un pasado que las llamas del incendio iluminaban: fuegos del vivac, molinos ardiendo... ¡la guerra! Era Sedán, el calvario de Illy, su regimiento, el primero de cazadores de Africa, á punto de cargar. Subteniente en aquel entonces, veíase empuñando el sable; su tío d' Arbrissel, jefe de escuadrón, hombre de expresión resuelta, con su largo mostacho, sus admirables ojos azules, su rostro cruzado de cicatrices, estaba montado en su gran caballo negro, y hacíale seña para que se acercara y le decía:

«Voy á confiarte alguna cosa. ¡Guárdame eso; ya me lo darás si vuelvo!»

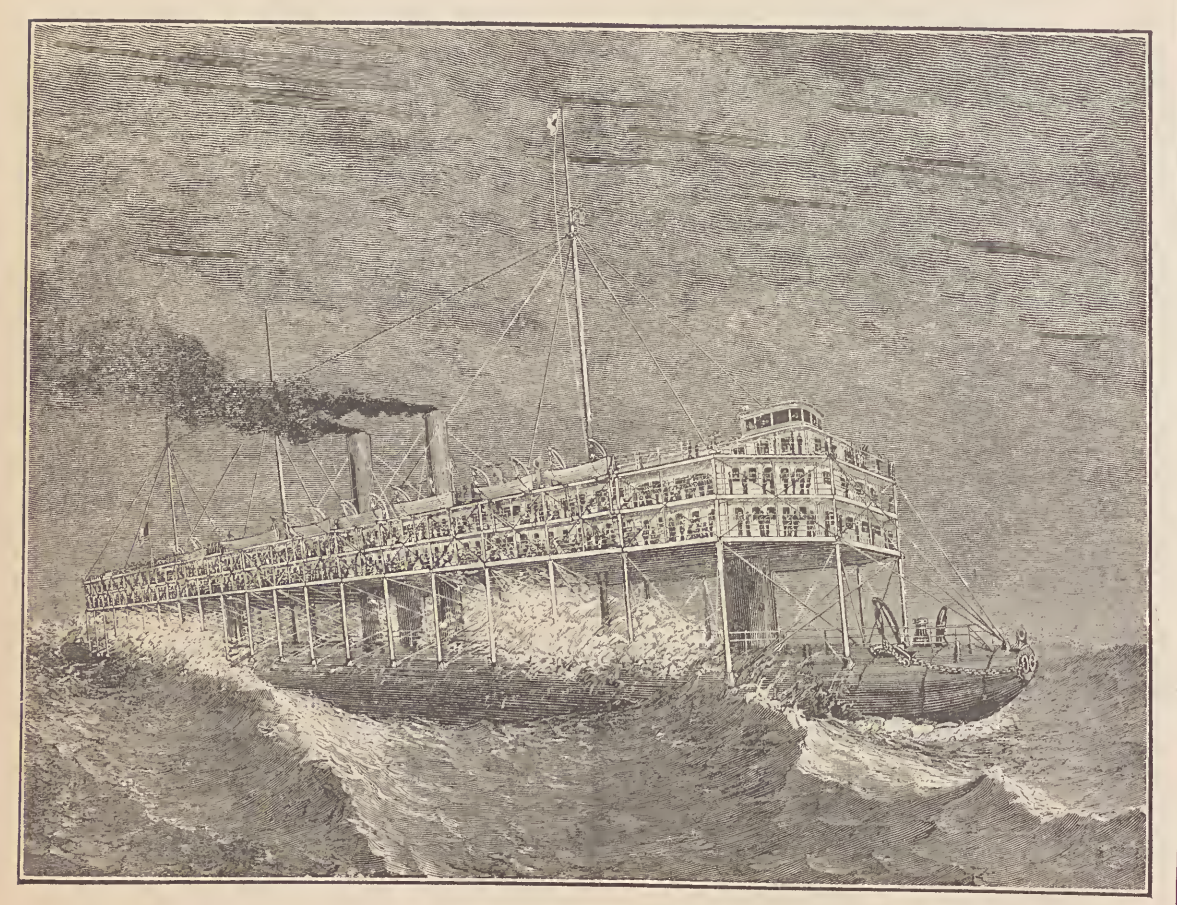
Y le puso en las manos su reloj y su cartera.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

BUQUE-BALLENA PARA PASAJEROS

Puede decirse que casi no pasa año sin que se anuncie el propósito de los americanos de disputar á los europeos el monopolio del servicio marítimo, transporte de viajeros y mercancías, entre el viejo y el nuevo mundo; lanzada á los vientos de la publicidad esta noticia, se echa á volar en seguida la especie de que se va á construir una flota de vapores que en punto á velocidad y comodidades de toda clase dejarán tamañitos á los mejores barcos europeos, y para completar el cuadro, los periódicos publican grabados que representan esos futuros prodigios marítimos.



Buque-ballena para pasajeros

Hasta ahora, sin embargo, no se ha pasado de los grabados, y por lo tanto no hay que fiar demasiado en que algún día puedan surcar los mares las embarcaciones como la que reproducimos tomándola del *Scientific American* y á la que sólo á título de curiosidad vamos á dedicar algunas líneas.

Esta embarcación nos recuerda los vapores en forma de ballena que para el transporte de granos se han construído recientemente en los Estados Unidos, y uno de los cuales ha hecho, hace poco, sin contratiempo un viaje á Liverpool. Pero entre una y otros hay la diferencia del tamaño y del colosal aditamento en donde están las cámaras para los pasajeros de primera y de segunda clase. Esta parte del buque está situada á tanta altura sobre el cuerpo de la embarcación que se halla fuera del alcance de las olas, y descansa sobre cinco pilares centrales de 3'60 metros de diámetro y sobre otros 21 pilares más delgados puestos al borde y á lo largo del cuerpo del barco; estos pilares están unidos entre sí y reforzados por barras transversales. Las dimensiones de este vapor son 151 metros de eslora en la línea de flotación y 21'60 de manga; su desplazamiento es de 14.000 toneladas, y el centro de gravedad está á 2'78 metros debajo de la línea de flotación. La velocidad que *se trata* de comunicarle es de 24 nudos por hora, para la cual se necesitarán tres máquinas de triple expansión con una fuerza total de 19.500 caballos. El buque *llevará*, pues, tres hélices.

Haremos gracia á nuestros lectores de la descripción de los departamentos destinados á pasajeros de primera y segunda clase, y sólo diremos que la comunicación entre ellos y la parte inferior del buque se *establecerá* por medio de ascensores eléctricos, y que los infelices pasajeros de tercera clase *tendrán* su cámara en el cuerpo del buque herméticamente cerrado. No es de creer que haya muchos dispuestos á permanecer cinco ó seis días en tan obscura cárcel.

¿Será una realidad este proyecto? Mucho puede esperarse de los norte americanos; pero es muy posible que antes de llevarlo á la práctica se descubran algunos inconvenientes insuperables, entre ellos el de la acción del viento de costado sobre el elevado cuerpo destinado á pasajeros, que sin duda no han calculado bien los iniciadores del pensamiento.

***

TRANSMISIÓN TELEGRÁFICA DE FOTOGRAFIAS

La transmisión telegráfica de las imágenes es un problema cuya solución se persigue inútilmente hace muchos años. Todos los proyectos fantásticos que brotan de cuando en cuando en el cerebro de los *inventores* de oficio y que motivan la noticia periodística de «Por fin se ha resuelto el problema...» han contribuído muy poco á tal solución.

La verdad es que esta cuestión de la transmisión telegráfica de las imágenes no es de las que más puedan interesar, pues aunque tal invento se realizara su aplicación sería bastante limitada. Esto no obstante, merecen alguna atención los esfuerzos que en tal sentido se hagan. Los dibujos lineales y la escritura han sido con éxito y por varios procedimientos transmitidos telegráficamente y la invención del pantelégrafo Casseli es relativamente antigua; otra cosa muy distinta acontece con las imágenes propiamente dichas, cuya transmisión no se ha podido lograr hasta ahora por más que algunos *clarividentes* han inventado para ello centenares de procedimientos cuya infalibilidad la práctica se ha encargado de desmentir.

Un progreso en este sentido significa el procedimiento nuevo y bastante sencillo de N. S. Amstutz, de Cleveland: la teoría del mismo es fácilmente inteligible, aunque llevada á vías de hecho puede presentar algunas dificultades.

Sirve de punto de partida un negativo fotográfico que se transporta á una placa de gelatina cromada. Sabido es que esta gelatina cromada á la luz es insoluble en agua caliente, de suerte que después de una prolongada exposición á la luz se forma en la placa gelatinosa una imagen invisible cuyas partes obscuras están formadas por capas más ó menos gruesas de gelatina insoluble. Si entonces se adhiere la hoja de gelatina, por la parte mpresionada, sobre una plancha cualquiera y se la rocía con agua caliente, ésta disuelve la parte soluble de la gelatina y deja sólo un *foto relieve* cuyas prominencias representan las sombras de la imagen. El relieve así obtenido se adhiere á un cilindro algo parecido al receptor de un fonógrafo, en cuyo eje hay un pequeño tornillo que al atornillarse en una tuerca hace que un pequeño punzón, que ligeramente roza la superficie del cilindro, se mueva trazando sobre ésta finísimas líneas espirales. Merced á este movimiento el punzón se levanta y se baja, paralelamente con los radios del cilindro, según las prominencias y los huecos del relieve, con lo cual se modifica la resistencia en un círculo de corriente en proporción á las oscilaciones del punzón.

La corriente se dirige á la estación receptora, en donde hay una instalación análoga: en ésta el cilindro está cubierto de una capa de cera, en la que un buril traza surcos más ó menos profundos según la momentánea intensidad de la corriente. Los dos cilindros, el de la estación transmisora y el de la receptora, se mueven al mismo tiempo y con igual rapidez.

De este modo aparece en la capa de cera del cilindro receptor un relieve parecido al del cilindro transmisor. Desprendida y aplanada la capa de cera, se vacía en yeso, y la matriz así obtenida se moldea en metal de caracteres de imprenta, lográndose de este modo un relieve por medio de surcos que son más anchos y profundos en los puntos claros que en las sombras. Pasando luego este molde á la estereotipia se consigue un clisé de imprenta. Todas estas manipulaciones pueden hacerse en media hora, cuando se trata de clisés pequeños.

Lo que por este procedimiento ha conseguido el autor no es gran cosa, según puede verse por los grabados que reproducimos, pero basta de todos modos para demostrar la posibilidad de la transmisión telegráfica de un fotograma: que por este medio pueden obtenerse mejores resultados es indudable, especialmente si en vez de la manera algo tosca de trazar el relieve en surcos se apela á otro sistema mejor.



Transmision telegráfica de fotografías
1. Reproducción del retrato del inventor. – 2 y 3. Reproducción de una fotografía que representa una bailarina

De los tres grabados que reproducimos, el primero es el retrato (?) del inventor.

(Del *Prometheus*)

OBRAS ILUSTRADAS POR GUSTAVO DORÉ

ESPLÉNDIDAS EDICIONES EN TAMAÑO GRAN FOLIO AL PRECIO VERDADERAMENTE FABULOSO DE **MEDIO REAL** LA ENTREGA

LA SAGRADA BIBLIA

traducida de la Vulgata latina al español por **D. Félix Torres Amat**, dignidad de sacrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, obispo de Astorga, etc., etc., y corregida por el Rdo. padre **D. Ramón Boldú**

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

LA DIVINA COMEDIA, POR DANTE ALIGHIERI — EL PARAISO PERDIDO, POR JOHN MILTON

La traducción y anotación de tan importantes obras se debe al reputado académico **D. Cayetano Rosell**, conteniendo además un prólogo biográfico-crítico escrito por **D. Juan Eugenio Hartzenbusch**

HISTORIA DE LAS CRUZADAS, por M. Michaud — FABULAS DE LAFONTAINE, traducidas por D. Teodoro Llorente

Agotada la edición de las expresadas obras, hemos emprendido una nueva tirada de las mismas, bajo las siguientes condiciones de suscripción:

Ante todo hemos de hacer presente á nuestros favorecedores que la nueva edición de las obras que anunciamos es tan completa como lo fué la precedente de cada una, así en texto como en ilustraciones.

Cada entrega se compondrá de cuatro páginas gran folio, tipos nuevos y elegantes, papel glaseado y esmeradísima impresión; ó bien lo constituirá una gran lámina alegórica al texto, impresa en papel doble marquilla con la perfección y limpieza propias de nuestros talleres, verificándose los repartos de las entregas sin interrupción.

Las páginas del texto bíblico serán ilustradas con las celebradas viñetas de *Giacomelli*, por cuyo motivo su tamaño será un centímetro más alto que el de las restantes obras de la colección.

El precio de cada entrega será de MEDIO REAL.

Se suscribe en casa de nuestros corresponsales, ó bien dirigiéndose á esta administración, establecida en la calle de Aragón, 309 y 311 (Ensanche).

Toda reclamación, sea de la índole que fuere, por parte de los señores suscriptores y corresponsales, deberá hacerse directamente á esta casa editorial, que tiene su domicilio en Barcelona.

PAPEL Ó CIGARROS ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^N BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos,
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR DELABARRE



VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR FRANCK

Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD CON QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por escelencia.** De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones* del *Estomago* y los *intestinos*.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino** de **Quina** de **Aroud.**

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

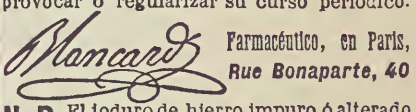
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

36, Rue Vivienne SIROP du Doct^r FORGET RHUMES, TOUX, INSOMNIES, Crises Nerveuses





Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras se emplean especialmente contra las **Escrófulas**, la **Tisis** y la **Debilidad de temperamento**, así como en todos los casos (**Pálidos colores, Amenorrea, &a**), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.



Farmacéutico, en Paris, *Rue Bonaparte, 40*

N. B. El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y de autenticidad de las *verdaderas Píldoras de Blancard*, exigir nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma puesta al pié de una etiqueta verde y el Sello de garantía de la Unión de los Fabricantes para la represión de la falsificación.

SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.



Especifico probado de la **GOTA y REUMATISMOS**, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
VENTA POR MENOR. — EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



APARATO FOTOGRÁFICO
DE DESPACHO COMPLETO
Franco TRES pesetas en sellos de correo
á DUGOUR, 40, fg. San Martín, París
Gratis album ilustrado, 100 articulos nuevos

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL DR CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS 1867 - LYON 1872 - VIENA 1873 - PHILADELPHIA 1876 - PARIS 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS — GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS . de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.



DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes**, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon**, la **epilepsia, histéria, migraña, baile de S^n-Vito, insomnios, convulsiones** y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las **afecciones nerviosas**.

Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE — 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

ENFERMEDADES DEL
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedías, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo á firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

CUENTOS DEL VIVAC. BOCETOS MILITARES, *por D. Federico Urrecha.* Dibujos de *Angel Pons.*—Como su título lo indica, esta obra es una colección de narraciones de la vida militar en tiempo de campaña: las hay de todos los géneros, desde la regocijada, en que se ve retratado fielmente el buen humor que no abandona á nuestro sufrido soldado, aun en las ocasiones en que peligra su vida, hasta la patética, que reproduce los actos de valor heroico tan frecuentes entre nuestras valientes tropas. Todas están trazadas de mano maestra, y no podía ser otra cosa estando copiadas del natural por escritor tan reputado como D. Federico Urrecha, cuyas crónicas se leen con tanto gusto en las columnas de *Los lunes de El Imparcial,* y que como cronista presenció buena parte de la última campaña carlista del Norte. Las ilustraciones, profusamente distribuídas en el libro, son nueva prueba de lo que vale Angel Pons, puesto que con la misma habilidad traza las graciosas caricaturas de sus *Historias,* como las sentidas viñetas de *Hojas de tinta* y de *Dos historias vulgares.* - Elegantemente editado por D. Manuel Fernández y Lasanta, de Madrid, véndese el libro en las principales librerías á 3'50 pesetas.

* * *

DIE PYRENAEN. TRILOGIE, *por D. Juan Fastenrath.* - La hermosa obra del insigne vate D. Víctor Balager, no ha mucho publicada con el título de *Los Pirineos,* acaba de ser traducida al alemán por el eminente literato, nuestro distinguido colaborador, don Juan Fastenrath. Imposible es hacer un trabajo más acabado que esta traducción, como modestamente la llama su autor: las bellezas del original no pierden un ápice de su valor poético vertidas por el Sr. Fastenrath al idioma de Schiller, Goethe y Heine, más dulce y más sabroso de lo que creen los que lo critican sin haberse tomado la pena de estudiarlo siquiera superficialmente, habiendo el traductor seguido en la versión alemana los mismos metros en que está escrita la obra en catalán. La obra del Sr. Fastenrath no es la obra de un traductor, sino la de un verdadero poeta que, al par que vierte á otro idioma, siente lo que otro gran poeta ha escrito y se identifica con su inspiración y con sus sentimientos. Con este trabajo se hace una vez más acreedor á nuestra gratitud el que tantos derechos á ella tiene adquiridos por sus nobles y afortunados esfuerzos para dar á conocer en Alemania las más preciadas joyas de la literatura española contemporánea.



DOMINGO MORELLI, célebre pintor italiano

* * *

BREVES APUNTES PARA EL ESTUDIO DEL ARTE DRAMÁTICO, *por D. Juan Risso.* - El inteligente director y profesor de la clase de declamación del Conservatorio barcelonés de S. M. la Reina D.ª Isabel II ha publicado con el título indicado un interesante folleto, en el cual, en lenguaje claro y excelente criterio, se exponen las principales nociones del arte dramático. Es una obra de gran utilidad para cuantos al teatro se dediquen y que leerán con gusto aun los simplemente aficionados. Véndese al precio de una peseta en la conserjería del Conservatorio.

* * *

LA EVANGELINA, *por Alfonso Daudet.* - Un libro en que, como en *Evangelina,* se estudian los vicios y las grandezas de la sociedad judía, que amenaza hacerse dueña del mundo por sus riquezas y especulaciones asombrosas, ha de ser forzosamente un libro interesante. ¿Qué será cuando lo escribe el incomparable autor de *Tartarin,* de *Numa Rumestán* y de tantas otras obras maestras? La traducción española, que forma parte de la «Colección de libros escogidos,» se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN